

**La construcción de la nación: una mirada interdisciplinar al problema de la nación y la  
exclusión de las comunidades racializadas**

**Trabajo para optar al título de:  
Licenciado en Filosofía  
Modalidad: Monografía**

**Presentado por:  
Bayron Steven Acosta Morales  
Código: 2016022001  
C.C: 1016079432**

**Director:  
Óscar Javier Linares  
Universidad Pedagógica Nacional**

**Facultad de Humanidades  
Departamento de Ciencias Sociales  
Licenciatura en Filosofía  
Bogotá D.C  
2022**

## Índice

Introducción general	3
1. La nación genealógica y antigenealógica: los problemas teóricos de la nación	13
1.1 Introducción	13
1.2 La Nación genealógica: el devenir desde el pasado	14
1.3 La nación antigenealógica: otra forma de entender la nación	18
1.4 La nación en Hispanoamérica: un encuentro con la novedad	22
2. La nación y su trasegar en el ámbito conceptual: la historia conceptual y el proyecto Iberconceptos	27
2.1 Introducción	27
2.2 Un acercamiento a la historia conceptual	28
2.3 Iberconceptos: conceptualización de una era de cambios	344
2.4 El concepto de nación en la Nueva Granada: tiempos de cambio	411
3. La filosofía decolonial y la visibilización de los excluidos, en los procesos nacionales	52
3.1 Introducción	52
3.2 Red Modernidad/Colonialidad: desenmascarando la cara oculta de la modernidad	53
3.3 Acercamiento a los conceptos clave para la filosofía decolonial	58
3.4 Reflexiones decoloniales acerca de la nación	63
4. Conclusión	71
5. Referencias	80

## Introducción general

En Colombia cuando hacemos referencia a la nación, dirigimos nuestra mirada a sus variadas culturas, saberes, tradiciones y etnias, dando cuenta así de su aparente pluralidad. No obstante, la multiplicidad queda en un segundo plano cuando es plausible percibir que la nación se ha ‘construido’ tras bases que demarcan la homogeneidad a partir de la identidad, cultura y simbolismo nacional. Las raíces, costumbres o tradiciones indígenas, negras y campesinas son en gran medida, excluidas de los procesos nacionales, legitimando así el poder de las élites y los terratenientes, los cuales, en su mayoría, son blancos, letrados y educados en las universidades privadas más grandes del país. Estos sujetos han consolidado un privilegiado ‘proyecto nacional’, transmitiendo a toda la comunidad sus intereses, sin tener en cuenta otras voces, ideas u proyectos, por fuera de su marco de referencia. Para ello, han mantenido un estatus que los ha consolidado como pivote cultural y sociopolítico de la nación, siguiendo las tradiciones legadas por los colonos europeos. Estos, considerados como ‘civilizados’ y un paradigma a seguir por los criollos americanos, han sido reacios al reconocimiento de la diferencia. Distanciándose así del diálogo frente a otros grupos de la población, generan una brecha de inequidad que desde finales del periodo colonial, sigue vigente hasta nuestros días. La élite criolla, por casi 200 años, ha privilegiado su acervo cultural y político en aras de fundamentar su posición, sin importar las repercusiones que esto genere a sectores de la comunidad que han sido vulnerados desde la llegada española al continente americano. Así pues, esta investigación intenta responder la siguiente pregunta: ¿qué fenómenos de exclusión existieron en la construcción de la nación y cuáles han sido sus repercusiones para las comunidades subalternizadas en el ámbito sociopolítico?

En este sentido, empecé a preguntarme cómo se había construido la nación en Colombia y qué implicaciones tuvo la consolidación de dicho proyecto, teniendo como punto de referencia la forma en que habían sido excluidas de la ‘construcción nacional’ las comunidades racializadas/subalternizadas<sup>1</sup>, esto es, su inferiorización por parte de las élites criollas.

---

<sup>1</sup>Estos conceptos, hacen referencia a los patrones de poder con los cuales las comunidades blancas, han operado para minimizar, subyugar y dominar a las comunidades negras, mulatas, pardas o mestizas. Tales nociones abordan de que forma, como el encuentro entre europeos, americanos y africanos desde sus inicios, superpuso a los blancos con su cultura, conocimientos y tradiciones en una situación de privilegio al excluir en todo aspecto, a los sujetos no-blancos. Así, la única opción de las comunidades marginadas por los patrones de exclusión/colonialismo, es asimilar las ideas superpuestas por los privilegiados en el poder, para así ser blanqueados en el proceso y superar sus costumbres, tradiciones y saberes, por las que son catalogados como ‘bárbaros’ y ‘atrasados’.

Teniendo presente mi aproximación a la teoría decolonial y sus críticas a Occidente como centro del poder, el saber y el ser, al iniciar esta investigación daba por sentado que la nación era un fenómeno colonial y eurocéntrico. Se trataría de un fenómeno extrapolado a Hispanoamérica y con el cual los criollos, luego de la independencia en 1819, cimentaron la idea de una comunidad homogénea en aras de fundamentar la superación del yugo colonial, pero sin dejar atrás las tradiciones, costumbres y cultura instaurados desde la Conquista de América por los españoles. Así, las élites criollas, quienes tomaron el poder tras la independencia, implantaron un proyecto nacional siguiendo las bases racistas, excluyentes y minimizantes que habían sido legadas por la educación, raciocinio y saberes políticos europeos, dejando a un costado las aspiraciones sociopolíticas de los sujetos racializados.

Ahora bien, se puede afirmar que los teóricos decoloniales como Walter Mignolo, Aníbal Quijano o Catherine Walsh, intentan dilucidar y exponer los procesos de exclusión e inclusión de la nación, criticando el legado europeo con el que las élites blancas, en aras de continuar en el poder y no perder sus privilegios, dejaron atrás a los dominados en el proyecto nacional. Sin embargo, fue plausible evidenciar que los pensadores decoloniales citados con anterioridad aseguran cuestiones sobre aquella época, finales del siglo XVIII y principios del XIX, que no se corresponden con la complejidad de los acontecimientos, las variadas experiencias de los agentes y las distintas transformaciones que sucedieron en el periodo enunciado. Considerando la historiografía como eurocéntrica y colonial, generalizan en afirmaciones que, al no ser comparadas con los registros del pasado y las complejas instancias en las que habitaban las comunidades históricas de aquel tiempo, implican una falta de rigurosidad frente a su argumentación. Asimismo, al referir la nación como algo eurocéntrico sin más, se pierden ante sus críticas procesos teóricos y argumentativos con los cuales, se ha investigado este problema en otras áreas del conocimiento.

Con lo anterior no se pretende desechar la teoría decolonial. Sus aportes en pro de los olvidados, excluidos y dominados por los procesos coloniales, y las denuncias por las secuelas que ha dejado este patrón de poder en la historia hispanoamericana, son una fuente que enriquece la crítica y formula posturas para la transformación de la educación, la sociedad y la política al dilucidar en qué medida el colonialismo ha atravesado la vida de los sujetos racializados. Pero en lo concerniente a la nación, siendo un concepto complejo que no ha sido debatido con amplitud por los teóricos decoloniales, llegué a la conclusión de que debemos observar más a fondo dicha cuestión en aras de des-encubrir sus problemas y antinomias. De este modo, al ser

insuficientes los planteamientos decoloniales para responder a tales interrogantes, di un paso adelante al indagar en los análisis teóricos expuestos por distintos pensadores en el plano investigativo de la historia y las ciencias sociales, sobre el problema de la nación.

Este paso se dio porque, para entender si existe o no la exclusión de los sujetos racializados en el proyecto nacional, tesis central de los estudios decoloniales, es necesario comprender qué significaba como tal la nación, qué se ha dicho sobre esta y cómo ha mutado el concepto a lo largo del tiempo. De ahí que, los teóricos de las ciencias sociales como Ernest Renan (1882), Eric Hobsbawm (1989, 1992), Ernest Gellner (1988), Benedict Anderson (1983) o Anthony Smith (1995), han intentado responder a las preguntas dónde, cuándo, cómo, por qué y para qué surge la nación. Ahora bien, algunos de estos investigadores parten de la idea de que la nación es un fenómeno moderno, el cual responde al dinamismo y las variadas transformaciones sociales, políticas, culturales y económicas de los siglos XIX y XX. Otros investigadores afirmarán que la nación, con su tinte inmemorial e inmanente, ha existido desde siempre como parte del progreso de la civilización; otros defenderán que la nación es una invención reciente, una comunidad imaginada en la que símbolos como la bandera, el escudo o el himno nacional son creados para consolidar la unidad a partir de la identidad y la cultura nacional.

La aproximación a las teorías de la nación, siguiendo las discusiones en el área de la historia y las ciencias sociales, me condujeron a replantear cuestiones que daba por ciertas. Por un lado, las naciones no nacen de la nada y decir que son creaciones de unos cuantos hombres blancos arraigados en el poder es quitarle toda la agencia al resto de la población. Empero, el peso de los actores históricos de la época es disminuido, al igual que sus pretensiones respecto a la liberación colonial. Dicha percepción propulsa la exclusión de los sujetos racializados en los relatos históricos, siguiendo la idea de que estos no fueron actores fundamentales, al ser etiquetados como ‘carne de cañón’ por las historias nacionales. Por otro lado, la nación no es un fenómeno fácil de comprender y, al ser un acontecimiento moderno, se encuentra en constante reformulación. Ahora bien, tras las distintas lecturas sobre la teoría de la nación comprendí también que, aunque los esfuerzos para dilucidar dónde y por qué aparece la nación son importantes para entender su emergencia, las aproximaciones teóricas de algunos investigadores como Gellner, Hobsbawm o Smith hacen referencia netamente al continente europeo, desconociendo las particularidades de este fenómeno en el contexto hispanoamericano.

La teoría inmemorial y de la invención de la nación son referenciadas exclusivamente el contexto europeo. Fue algo curioso que, al ir indagando y comprendiendo ambas teorías, no encontrara referencias a los procesos de construcción nacional en el continente americano dado que las naciones modernas, como tal, aparecieron primero en Hispanoamérica, no en Europa. Por ello, extrapolar alguna de las teorías enunciadas, o sus variantes, a nuestro contexto es desconocer la complejidad de hechos y experiencias que constituyeron el periodo colonial y la independencia. De allí que, fue necesario transitar un poco más en el área de estudio de la historia y las ciencias sociales para acercarme a los argumentos de historiadores e historiadoras que ponían en tensión ambas teorías al no tener correspondencia con los procesos nacionales hispanoamericanos.

La ‘construcción’ de la nación en nuestro continente revelaba nuevas complejidades. Los proyectos que se iniciaron para la cimentación de la nación como la Gran Colombia, por ejemplo, se dan a partir de pactos entre distintos territorios en aras, entre otras cosas, de transmitir a las potencias europeas la superación del yugo colonial y en ese orden, la percepción de un Estado fuerte que pudiese contrarrestar posibles hostilidades. La nación que allí aparece no es natural/inmanente o una construcción *ex nihilo*. Al contrario, nace por el *pacto o contrato social* entre quienes detentan el poder en la Nueva Granada, Quito y la capitania de Venezuela. No obstante, dicho pacto responde a los intereses de las élites criollas, quienes al final de cuentas excluyen de dichos procesos a negros, indios, mulatos o pardos.

Investigadores e investigadoras de nuestro país y de otras latitudes de Hispanoamérica como Pérez Vejo (2003), Palti (2002, 2018), Guerra (2003), Chust y Frasset (2009), han procurado mostrar, desde hace varias décadas, en qué aspectos las historias nacionales decimonónicas enaltecen a los criollos blancos como los héroes y próceres de la nación, relegando complemente a otros actores históricos de estos acontecimientos a sabiendas de que su participación fue fundamental para lograr la independencia (Lasso, 2003, 2008). Asimismo, esto ha influido en la forma en que teóricos europeos de la nación como Benedict Anderson o John Lynch, han investigado dichos procesos en Hispanoamérica. Siendo consideradas fuentes históricas de suma importancia y supuestamente imparciales, estos investigadores de la nación radicados en Europa de forma poco rigurosa acuden a estos documentos sin mucho criticismo, en aras de fundamentar sus teorías abarcadas por paradigmas subjetivistas. Intentando fundamentar sus teorías en contextos atravesados por grandes complejidades, el análisis del

fenómeno de la nación queda corto, generando vacíos de interpretación al intentar comprender el pasado colonial hispanoamericano.

Dicho proceder por parte de varios teóricos de la nación como Gellner, Hobsbawm o Anderson ha generado que, al ser consultadas las historias nacionales que la mayoría de las veces fueron escritas para exaltar los valores y tradiciones criollas, el fenómeno de la nación se restrinja a una sola mirada, sin tener presente otras narrativas históricas. En este caso, no se puede culpar a estos investigadores por acudir a las fuentes oficiales que si bien son en cierta medida válidas, responden a los intereses de una parte de la comunidad más no a toda la sociedad en su conjunto. Así pues, aunque algunas de las teorías de la nación establecidas por investigadores europeos no se correspondan con el contexto hispanoamericano, son herramientas para dilucidar el fenómeno de la nación. Ahora bien, muchos de estos documentos, fueron producciones locales dirigidas para favorecer los intereses de los criollos y terratenientes en el poder, al exaltar su labor en los procesos de liberación colonial.

En consecuencia, aunque las afirmaciones de los teóricos europeos de la nación nos permitan comprender ciertos aspectos del fenómeno en Hispanoamérica, no son suficientes para esclarecer el problema a cabalidad. En este sentido, investigaciones como las de Marixa Lasso (2003, 2008) o Alfonso Múnera (1998) otorgan luces para esclarecer de qué forma se han excluido en los relatos históricos sobre la independencia y la construcción de la nación a los sujetos racializados. Lastimosamente, puesto que las comunidades subalternizadas no tenían una comunidad letrada como tal, al modo de los criollos blancos, seguir el rastro de sus ideas o pretensiones sociopolíticas se hace más complicado. A su vez, los pocos documentos políticos, pasquines o escritos que referían las consignas de los seres dominados por el yugo colonial, han sido destruidos o son muy poco referidos como fuentes de importancia para la comprensión del periodo, perdiéndose en el transcurso de los siglos sus voces y apuestas con las que sería posible entender a qué aspiraban y qué intenciones y proyectos sociopolíticos tenían.

Un ejemplo de este tipo de borrado y exclusión se encuentra en Cartagena. Durante la independencia, su población, al ser insurgente y tener un proyecto político alejado de las pautas centralistas de Santa Fe, es juzgada y tratada con desprecio por el resto de provincias. Se trató de un proyecto apoyado por negros, mulatos y zambos, los cuales proponían ideas para la representación y gobernabilidad alejadas de los pensamientos de las élites radicadas en otras

provincias, como Popayán o Tunja. Estas últimas apoyaban la esclavitud y percibían con horror que los sujetos racializados tuvieran oportunidades para participar en estamentos políticos y cambiar su situación de opresión por parte de los comerciantes criollos. De tal forma que, muchos de los archivos de este periodo y con los cuales se podrían validar las voces y aspiraciones de las distintas castas radicadas en Cartagena, quienes buscaban operar políticamente por fuera de los márgenes de la Monarquía española, hayan sido defenestradas o legadas al olvido, negando todo tipo de interpretación histórica a los sujetos oprimidos y excluidos.

Cabe resaltar que, al otorgarle primacía a los excluidos y al resaltar su agencia activa en dichas gestas, más allá de las élites blancas y los sujetos alfabetizados, se genera una apertura para la comprensión de la historia de nuestra nación y el reconocimiento de la pluralidad que nos constituye. Estas reflexiones críticas se concatenan con las apuestas decoloniales y fructifican algunas de las afirmaciones expuestas por pensadores y pensadoras como Francisco Ortega, Chust y Frasquet, entre otros. Sin embargo, al seguir indagando y asimilando la magnitud del problema de la nación, fui reconociendo que, a la par de las experiencias de los agentes, también hubo cambios semánticos que se concatenan con dichas experiencias y dan cuenta de las variadas transformaciones de los conceptos en boga en el vocabulario de aquella comunidad histórica.

Teniendo en cuenta lo anterior, fue necesario dar un paso más en esta investigación. Entendiendo que algunos teóricos de las ciencias sociales no tenían presentes los cambios semánticos del concepto nación, noción que había mutado entre los siglos XVIII y XIX, un periodo de transformaciones profundas en Hispanoamérica, encontré en la historia conceptual una herramienta con la cual agregar otra mirada de la nación a esta investigación. Este tipo de metodología se acerca a los agentes del pasado para comprender sus procesos, reconstruyendo la carga semántica de los conceptos utilizados por las sociedades de aquel tiempo. La historia conceptual intenta que las voces de otros periodos sean interpretadas lo más cercano posible a su uso en el contexto, sin extrapolar ideas del presente al periodo indagado, evitando caer así en anacronismos.

Acercarse al pasado implica comprender las voces de las comunidades históricas, tal cual se dieron en su espacio y tiempo. Los agentes históricos, dadas las transformaciones en el campo sociopolítico y sus experiencias frente a estas, también implicaban cambios en el aparato



semántico, puesto que las significaciones de los conceptos igualmente mutaban al ser expuestos lingüísticamente por dichos agentes de forma diversa y diferencial. Conceptos como nación y Estado, al ser vociferados en contextos variados por los sujetos de la época, terminarán siendo fundamentales en las disertaciones políticas y otorgarán mayor comprensión al acercarnos al pasado, dada su relevancia en documentos, pasquines, periódicos o constituciones políticas. Empero, esta aproximación intenta mostrar lo fundamental del concepto nación en los procesos desarrollados en el tránsito del siglo XVIII al XIX. En este contexto, tuve la oportunidad de acercarme al proyecto *Iberconceptos* en el cual, muchos investigadores e investigadoras de todo el globo, han procurado estudiar los *conceptos fundamentales* en las disertaciones políticas iberoamericanas y sin los cuales, no se podrían comprender las apuestas, proyecciones y propuestas de los agentes históricos en el periodo anteriormente enunciado.

Para ello, atendí a las investigaciones expuestas por varios pensadores en aras de comprender como se había utilizado, significado y avalado por las distintas experiencias de los agentes y las mutaciones semánticas, el concepto de nación en la Nueva Granada. Dicho acercamiento me permitió comprender que el concepto nación era ambivalente al referir varios significados, tanto por los sujetos de un mismo territorio, como por otros fuera de este, puesto que al igual que en el plano experiencial, el concepto nación estaba en plena construcción en el ambito lingüístico. Comprendía también que el concepto nación cobijaba ilusiones puestas hacia al futuro en aras de superar el dominio colonial español y crear comunidades autónomas que detentaran el poder, teniendo en cuenta sus apuestas políticas y representativas. Este *horizonte de expectativas* se daba tanto para las élites criollas como para las comunidades racializadas, pero, como se indicó hace unos momentos, para los primeros fue fructífero dadas las instancias en que se formuló su poderío, disgregando y excluyendo completamente a otros actores, sin importar si sus apuestas eran o no positivas para toda la comunidad.

De ahí que, esta aproximación al concepto nación por parte de los investigadores en el proyecto *Iberconceptos*, aunque ilustra y promueve un acercamiento novedoso para su comprensión, acude a fuentes letradas e ilustradas las cuales están íntimamente relacionadas con las élites criollas y sus pretensiones de poder. Así, se preconizan las voces de los sujetos que detentan el poder y hacen parte de los círculos alfabetizados, incurriendo en la falta de referencia de voces otras, como son las de las comunidades subalternizadas, siendo actores fundamentales en la Independencia. Lastimosamente, al igual que algunos de los investigadores en ciencias sociales que intentan mostrar en qué aspectos los sujetos racializados han sido excluidos de las

narrativas históricas al igual que de los procesos sociopolíticos, los historiadores conceptuales carecen de archivos con los cuales acceder a las apuestas, voces, propuestas o proyectos de otros actores históricos más allá de las comunidades letradas/blancas.

En este orden de ideas, el tránsito entre filosofía decolonial, ciencias sociales y la historia conceptual, implicó reevaluar los puntos de vista que sostenía al principio de esta investigación. No se puede tomar la nación como un fenómeno eurocéntrico/colonial sin más, dejando al costado investigaciones de suma importancia, las cuales nos revelan que la nación en Hispanoamérica, al menos en un principio, no respondía a modelos europeos, puesto que, como se ha dicho y se evidenciará a lo largo de este texto, la nación en un principio se instauró con un pacto y no con remisiones al pasado o una invención *ex nihilo*, por parte de las élites blancas. Los agentes históricos de la época tenían proyectos ante el concepto nación, los cuales en ciertos aspectos, pueden ser rastreados en las voces del pasado, brindándonos un acercamiento más concreto y con el cual logremos sacar conclusiones objetivas ante sus pretensiones, al ser utilizado en su léxico y verse reflejados en documentos de variada índole.

No se puede dejar de hacer hincapié en que, dada la falta de archivos con los que se pueda rastrear las voces de los sujetos racializados, existe y existirá un vacío de interpretación al estudiar los procesos de Independencia y la respectiva construcción de la nación. Es aquí donde la teoría decolonial puede aportar a la discusión, al dilucidar los patrones de poder que subyacen a la cuestión nacional, dejando claras las limitaciones de su estudio y algunas de sus afirmaciones. Sin embargo, no se puede negar que el racismo, la exclusión y la falta de oportunidades en el ámbito político en el periodo de independencia existió, aunque no haya documentos que referencien este problema de forma central. Esto se puede evidenciar en la actualidad con Francia Márquez, por ejemplo, al llevar consigo una causa ante los nadie, los excluidos y olvidados de los procesos de Estado, buscando que estos sean reconocidos como parte de la nación, atendiendo sus problemáticas y luchas. Se trata de un problema estructural de la nación: el racismo, la inferiorización corporal y cultural, de allí que la falta de políticas nacionales en educación e implementación de proyectos que reivindiquen a los *condenados de la tierra*, sean precarias, por no decir inexistentes. La exclusión pervive desde hace 200 años y sigue vigente en la actualidad.

Para finalizar, debo advertir que esta tesis pasó de ser una investigación filosófica desde una perspectiva decolonial, a un trabajo interdisciplinar con énfasis en las ciencias sociales y la

historia conceptual. Si bien este trabajo no se pensó como una complementariedad entre uno y otro paradigma de investigación, dado que cada cual aporta nociones diferenciales a la problemática de la nación, se da un acercamiento más claro y conciso sobre la cuestión, que aquí se intenta investigar. No obstante, cada una de estas fuentes puede beber de la otra, en aras de proyectar avances más amplios en las investigaciones sobre la nación, en tanto que las críticas sean constructivas. La teoría decolonial puede acercarse a la historia conceptual y las ciencias sociales para fructificar sus afirmaciones y, así no caer en anacronismos al cerrarse a afirmaciones que puedan llevar ideas del presente al pasado, manchando las voces, luchas y experiencias de dichos agentes históricos. Por otro lado, la decolonialidad posibilita la apertura de los modelos de investigación en estos campos, otorgando la proximidad a otras voces y conocimientos, ofreciendo una mirada más amplia y a su vez, descentralizando los sistemas donde acentúan sus afirmaciones, en referencia a la historia y la nación.

Asimismo, algunos de los procesos metodológicos de las ciencias sociales, pueden tomar herramientas de la decolonialidad para fortalecer sus afirmaciones y salir de paradigmas que generalizan sus resoluciones, abriendo las puertas a otras voces para así esclarecer de forma abierta y consecuente, los procesos del pasado y otorgar claridades en el presente. La historia conceptual, siguiendo esta perspectiva, también puede beber de la decolonialidad para que las ideas, proyectos y nociones de las comunidades del pasado en toda su magnitud, sean escuchadas y valoradas en aras de expandir nuestra mirada, para no quedarnos con unos cuantos registros históricos que benefician a unos, pero excluyen otros actores fundamentales. No obstante, al ser escasos los registros de las comunidades racializadas/subalternizadas en la época colonial y de independencia, indagar otras fuentes más allá de las consultadas en los archivos como las historias orales, por ejemplo, es una tarea de suma importancia para dilucidar los procesos de los excluidos en el aparato sociopolítico.

Actualmente vivimos tiempos convulsos en los que otras apuestas políticas, más allá de las tradicionales, aparecen en el panorama social para reivindicar a los nadie, seres humanos olvidados que hacen parte de la nación colombiana, quienes debido a la desigualdad, la subalternización y la poca atención del Estado, viven sin oportunidades y sin herramientas para cambiar su situación. La nación en este caso debe ser repensada para que la pluralidad de culturas, tradiciones y conocimientos sean reconocidos y ostenten mayor legitimidad en el aparato de gobierno. Así, se darán los primeros pasos para que, luego de más de dos siglos, otras formas de hacer política, más allá del conservadurismo y el neoliberalismo, conduzcan a

un cambio profundo en nuestras sociedades. Proyectos plurinacionales como el boliviano y ecuatoriano, teniendo en cuenta sus falencias, pueden ser un ejemplo para Colombia. Siendo movimientos heterogéneos, su fuerza radica en la representación de variadas culturas, saberes, tradiciones y etnias, haciéndole justicia a la alteridad de las comunidades que componen la ‘nación’.

En síntesis, el primer capítulo de esta investigación centra su atención sobre algunas teorías de la nación en el campo de las ciencias sociales, por algunos de sus más grandes exponentes. Asimismo, se siguen los argumentos de otros investigadores, para comprender por qué estas teorías no necesariamente responden al nacimiento de naciones en Hispanoamérica y qué sentido tiene esto, para comprender el problema de la nación. En el segundo capítulo, se acude a la historia conceptual para analizar como a la par de las transformaciones semánticas, las experiencias de los agentes históricos influyen en los cambios sociopolíticos y en que medida, esto se refleja en los conceptos. Siguiendo lo anterior, se acudirá al proyecto *Iberconceptos* para entender, cuáles conceptos son fundamentales en los procesos sociopolíticos de Iberoamérica, siguiendo la investigación de algunos pensadores sobre el concepto nación en la Nueva Granada. Por último, dirigiremos nuestra atención a la filosofía decolonial y que ha dicho esta, sobre el problema de la nación. Para ello, primeramente, se abordará el surgir de la red Modernidad/Colonialidad y como construyen categorías, para dar cuenta de sus críticas a proyectos europeos como la Modernidad. Luego, se pasará al estudio de algunos de sus conceptos más importantes y así, entender a mayor cabalidad su apuesta teoría. Por último, se abordarán las disertaciones y críticas de algunos pensadores decoloniales, sobre el problema de la nación y la exclusión de los sujetos racializados.

En conclusión, este proyecto de investigación aspira a que las investigaciones interdisciplinarias potencien las discusiones y reflexiones que hacemos sobre la nación, otorgándoles valor a los actores excluidos que han sido poco referidos por la historia y la filosofía. Se trata de potenciar una mirada decolonial que genere críticas constructivas para fortalecer los procesos de investigación referentes a la nación y su actualidad en un mundo que día a día cambia sus fronteras debido a las guerras y los proyectos coloniales que subyacen a los intereses de las grandes potencias mundiales, quebrando costumbres, tradiciones y culturas al superponer su poderío, por encima de los más débiles.

## Capítulo 1

### La nación genealógica y antigenealógica: los problemas teóricos de la nación

#### 1.1 Introducción

En el año 1882, Ernest Renan formulará las siguientes preguntas, respecto a la cuestión de la nación:

¿Qué es una nación?, ¿Por qué Holanda es una nación mientras que no lo son Hannover o el Gran Ducado de Parma? ¿Cómo Francia persiste en ser una nación cuando ha desaparecido el principio que la ha creado? ¿Cómo Suiza que tiene tres lenguas, tres religiones y no sé cuántas razas es una nación, mientras no lo es, por ejemplo, Toscana, tan homogénea? (Renan, 1882, p. 57)

Para el historiador francés, son más las interrogantes que las claridades, respecto a cómo se construye la nación, si esta ya viene dada y es natural o, por el contrario, es una invención por parte de los sujetos que la componen. En este orden de ideas, el primer capítulo de esta investigación abordará dos polos con los que se ha pretendido generar un carácter resolutivo a este problema. Es decir, las teorías de la nación genealógica y la nación antigenealógica. Ambas vertientes, sin ser las únicas que existen para responder las preguntas planteadas por Renan, sí son de las más estudiadas y debatidas en los círculos académicos de las ciencias sociales. Nos valdremos de algunos de los más importantes exponentes de dichas teorías y que nos pueden aportar, respecto a tal problemática.

Por último, habiendo abordado esta panorámica general de las teorías de la nación, pasaremos a explorar un poco el nacimiento de las naciones en Hispanoamérica. Como veremos, dado que las naciones aparecen en este territorio antes que en Europa, se puede afirmar que ninguna de estas teorías, siendo en cierta medida polos opuestos, responde al surgir de la nación en el ámbito hispanoamericano. De hecho, podría decirse que una y otra teoría se entrecruzan en este proceso, lo cual rompería la dicotomía con la que se ha abordado este tema.

## 1.2 La Nación genealógica: el devenir desde el pasado

Entre los siglos XVIII y XIX se dieron transformaciones conceptuales en occidente con las que se introducirán cambios a nivel político, social e institucional de dimensiones imprevisibles para el momento. Un concepto clave en dichos procesos es la nación. Para Renan, aunque en nuestro vocabulario parece que hubiese estado inserta siempre, la idea de la nación es novedosa en la historia de la humanidad. Estas afirmaciones nos llevan a interrogarnos sobre qué es la nación, de qué forma surge o si existe desde tiempos inmemoriales, teniendo en cuenta su aparición como acontecimiento moderno. Aunque aún no hay una respuesta unívoca sobre estas cuestiones, se han formado dos planteamientos teóricos que, sin ser los únicos con los cuales indagar esta problemática, nos pueden dar luces respecto a dicho concepto.

Por un lado, tenemos la nación genealógica, geológica o inmemorial y, por el otro, se encuentra la nación antigenealógica, gastronómica o antiperennialista<sup>2</sup>. En este apartado hablaremos de la nación en su concepción genealógica, en el siguiente, se explorará la teoría de la nación antigenealógica. Ahora bien, la nación genealógica se entiende “como un linaje duradero, es en gran medida un precipitado de todos los depósitos de generaciones más antiguas de la comunidad. La herencia étnica determina el carácter de la nación moderna” (Smith, 1989, p. 197). Esta teoría pretende mostrar a la nación, como algo natural e inmanente en el tiempo, donde el pasado es condición de posibilidad para su desarrollo.

Afirmábamos anteriormente que las naciones son un fenómeno de creación reciente, es decir de carácter moderno. La nación genealógica es una teoría que argumenta la aparición de este fenómeno, siendo una cuestión antiquísima. Sin embargo, no se puede hablar de naciones en el sentido moderno antes del siglo XIX, porque no había algo como tal, en aquel momento. En este orden de ideas, “la característica básica de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernidad” (Hobsbawm, 1991, p. 23). Dada su novedad, aparece primeramente la explicación de que la nación ha existido siempre, de una u otra manera, siendo esta un depósito del tiempo. La teoría genealógica de la nación se basa en su carácter inmemorial, donde puedan ser rastreadas tradiciones, costumbres o creencias desplegadas en el ámbito social, con las cuales denotar su existencia desde tiempos remotos.

---

<sup>2</sup> De aquí en adelante, para no confundir a los lectores, nos referiremos a ambas vertientes conceptuales de la nación como genealógica y antigenealógica.

Por ejemplo, para Adrián Hastings, la palabra *nación* era usada normalmente en la Edad Media dentro del vocabulario cotidiano de las gentes “en el sentido de un pueblo particular por su lengua, leyes, hábitos, modos de juzgar y costumbres” (Palti, 2002, p. 22). Aunque se pueda afirmar que la palabra *nación* aparece en la jerga del momento, es decir, en el siglo XIV en el caso inglés, no hay una significación concreta del concepto. No obstante, este aparece en las voces del siglo XIV en dicho territorio, lo cual implica una referencia de la palabra en el pasado. Pero, aunque exista la referencia de la palabra en el pasado, la teoría genealógica de la *nación* apunta a un aspecto más profundo, al cimentar sus bases en la antigüedad. Según Anthony Smith (1995), lo que busca esta teoría en periodos anteriores es fundamentar cómo el desarrollo moderno, no puede comprenderse sin aprehender los contornos de formaciones sociales, mucho más antiguas.

En este contexto, las comunidades se construyen por etapas, donde no se olvida lo que sucede en el proceso anterior a estas, sino que, por el contrario, hace parte de su devenir y fundamento constitutivo. La *nación* genealógica depende de su pasado, el cual se debe diferenciar del de otras naciones, cimentando la idea de legitimidad frente a la comunidad que la compone. De este modo:

la *nación* representa una etapa del devenir histórico de la sociedad humana. Así, se fundamentaba la conjunción del Estado-*nación* prescindiendo de los sentimientos subjetivos de la nacionalidad interesada, intentando demostrar que encajaban con el progreso humano o que lo fomentaba. (Hobsbawm, 1991, p. 50)

Teniendo en cuenta que la teoría genealógica de la *nación* apela en la búsqueda del pasado en aras de hallar rasgos únicos para su legitimación, también pretende mostrar que la *nación* es un estrato profundo del acontecer humano y es necesario, para el desarrollo de la civilización. Sin embargo, como señala Anthony Smith (1995), la metáfora genealógica de las naciones no transmite la fuerza transformadora de las ‘construcciones nacionales’. La participación popular o la interacción con otras naciones, bien sea al interior del cuerpo nacional como fuera de este, no se ve reflejada, debido a la homogeneidad con que se expone la *nación* en dicha teoría, subsumiendo las diferencias culturales, sociales o comunales en la aparente armonía con el pasado y la historia, que pretende exaltar la *nación* genealógica.

Ahora bien, los sujetos que validaban el concepto genealógico de la nación afirmaban que las naciones contienen, dentro de sí su organización, facultades preformadas en las que su desarrollo (al igual que cualquier otro organismo, según la presunción de la época) se pueden hallar contenidas en su sistema. En este sentido, esta idea iluminista/fijista<sup>3</sup> de la nación se encuentra secundada por la percepción que se tenía de las sociedades del momento<sup>4</sup>. Aunque no se negaba la diversidad cultural, unas naciones podrían llegar al devenir en tanto que otras, según este criterio, no podrían ser llamadas naciones. Parafraseando a Elías Palti (2002), este tipo de pensamiento preestablecido e inmanente define un modelo novedoso de la temporalidad, del que nace, en última instancia, la idea genealógica de la nación.

Asimismo, sin olvidar que bajo este tipo de conceptualización el devenir de la nación no se puede detener, no existiría, bajo esta postura, historia fuera de alguna nación o comunidad humana de la que emane, cierto devenir histórico posible. Es decir, las tradiciones, costumbres e ideas heredadas del pasado, con las cuales la comunidad nacional se sienta representada y en cierta medida orgullosa, fomentan una idea consistente, según esta teoría, de la nación y los elementos que la componen. Para Hobsbawm (1991), los ideólogos liberales/nacionalistas entre 1830-1880, fundamentan las bases de la nación en parámetros como la asociación del Estado con un pasado largo y existente; la unidad de una élite cultural asociada con una lengua vernácula literaria y administrativa; como también, una civilización con capacidad de conquista. Esto último, se debe al desarrollo de la teoría darwiniana ante el espectro evolucionista como especie social, siendo un gran descubrimiento científico y con repercusión social para la época.

Este pensamiento influirá en el concepto de nación de los nacionalistas del siglo XIX, donde la singularización identitaria y cultural, constituye la idea de autenticidad que fundamenta al cuerpo nacional. Empero, “el nacionalismo es una teoría política de *legitimidad* que prescribe que los límites étnicos no deben contraponerse a los políticos y especialmente (...), que no deben distinguir a los detentores del poder del resto dentro de un Estado dado” (Gellner, 1988,

---

<sup>3</sup> El iluminismo, desde esta perspectiva y siguiendo a Elías Palti (2002), se basa en la existencia de determinaciones ya dadas por la naturaleza, con las cuales de manera inmanente nacen (a priori) las bases para la conjunción de la nación. Esto se entrelaza con la idea de que el tiempo corre hacia delante como una flecha, siendo esta una percepción fijista y causal de la temporalidad.

<sup>4</sup> Para Palti (2002), esta idea se ve fundamenta en la percepción de que los cuerpos sociales, son en cierta medida cerrados bajo sus propias premisas. Puesto que las sociedades como tal ya venían preformadas y tenían dentro de sí su propio ‘germen’, cada una podría desarrollarse a su medida, sin chocar o desarticular otro tipo de organismos, estos, a pesar de sus diferencias, se avalan bajo estas premisas deterministas.



p. 14). En otras palabras, este tipo de conceptualización busca transmitir que las diferencias en distintos ámbitos (religiosos, raciales, etc.) no pueden estar por encima de la identidad nacional, creando en apariencia una comunidad fuerte, sin fisuras y representada ante quienes detentan el poder a partir de la cultura nacional.

En este orden de ideas, la teoría genealógica echa raíces en el pasado, en aras de fundamentar sus propósitos en el presente, no solo con la ayuda de una cultura, lengua o sociedad estrechamente ligada a costumbres antiguas con las que se sientan parte del cuerpo nacional, fomentando cierta conciencia nacional en aras de la identificación común. Aquí, otro elemento clave aparte de los ya mencionados es la historia como garante que conduce los procesos del pasado al presente, mostrando las distintas facetas de la sociedad, con el paso de cada siglo. De tal forma que, una “nación sin pasado es un término en sí contradictorio. Lo que hace una nación es el pasado, lo que justifica una nación ante las otras es el pasado, y los historiadores son los que lo producen” (Hobsbawm, 1992, p. 173).

La nación genealógica se sirve de la historia para validar su pasado en lo político, institucional y cultural, logrando recrear la hegemonía nacional. Esto dota de significado a los integrantes de la nación y cuantifica la identificación hacia ella. Los historiadores nacionalistas buscan que la nación ostente un lenguaje general para la población, la referencia de costumbres o vestigios (como los encontrados por los arqueólogos) con los cuales dar cuenta del pasado aparente e hilarlo al presente. Esto con el fin de validar la naturalidad de la nación. Sin embargo, “el hecho de que la nación sea algo históricamente construido implica que, si bien hunde sus raíces en el pasado y encuentra determinaciones que condicionan su carácter, no emanan directamente de ellos” (Palti, 2002, p. 64).

Una nación no solo se compone de una lengua, religión, raza o historia general que trace los designios de su destino. Aunque la historia muestre ideas o matices con los cuales la comunidad se pueda sentir identificada de modo general, no es condición necesaria para la fundamentación de la nación, más aún en un carácter homogéneo y cerrado, como lo pretenden los historiadores nacionalistas que apoyan esta teoría. Este argumento y la falta de participación de las voluntades subjetivas frente a la ‘nación’, es lo que abre las primeras grietas de la teoría genealógica. De ahí que “las naciones no puedan considerarse parte de un orden social natural, un proceso de crecimiento necesario e irreversible, como gustan afirmar los propios nacionalistas” (Smith, 1995, p. 199).

Como vimos, los nacionalistas que acuden a la interpretación genealógica de la nación buscan el redescubrimiento del pasado con el cual la comunidad se sienta identificada, otorgándole bases a la idea de nación y contribuyendo al arraigo con esta. El rastreo al pasado en busca de valores, tradiciones o procesos culturales sirve como artefacto con el cual cimentar una idea fija de la nación y la concepción de una comunidad en apariencia unida. Pero, según se advirtió, la participación de las voluntades subjetivas es nula y no se muestra tampoco, las particularidades que subyacen en las distintas etnias, sus costumbres, cultura o tradiciones. Asimismo, tampoco responde a la idea de una ‘construcción nacional’ puesto que, es inmemorial y natural. Veremos en el siguiente apartado la teoría antigenealógica de la nación, la contraparte de la teoría genealógica, al igual que algunos de sus problemas.

### **1.3 La nación antigenealógica: otra forma de entender la nación**

Siguiendo el apartado anterior, las luchas y experiencias de los pueblos son ajenas al carácter constitutivo de la nación genealógica, lo cual ejerce una fuerte tensión entre la representación política y las diferencias identitarias de los pueblos. Según Eric Hobsbawm (1991), no “es posible, a decir verdad, reducir siquiera la ‘nacionalidad’ a una sola dimensión, ya sea política, cultural o de otro tipo (a menos, por supuesto, que uno se vea obligado a hacerlo por la fuerza mayor de los estados)” (p. 16). Si reducimos la nación a una lengua, etnia o religión, la diversidad que fluye por las vertientes de las comunidades que hacen parte de esta, carecen de reconocimiento frente a la aparente armonía de la nación, construyendo una hegemonía ficticia y sin más fundamento que la cohesión estatal.

Ahora bien, la nación antigenealógica nos muestra, por un lado, que un Estado abocado por legitimar una cultura, lengua o costumbres como puras dentro de la comunidad, inventa bajo ciertas premisas la nación y el imaginario colectivo que la compone. Por ejemplo, “en este siglo, con tanta inmigración y tantos matrimonios mixtos, no existe tal cosa como una nación o cultura inglesa (entiéndase británica) pura” (Smith, 1995, p. 186). Esta teoría nos permite observar, en que medida la ‘nación’ ha sido inventada bajo ciertas premisas, conforme al constructo de una comunidad imaginada, acorde a los parámetros nacionalistas de quien la ingenia.

Ahora bien, siguiendo lo anterior, “el segmentarismo en el poder, o en otras palabras, de quienes detentan el poder y el resto, pueden crear nacionalismos de distinta índole” (Gellner,

1988, p. 118). Quien se atribuya poder y esté a favor de una corriente ideológica, podría decir que lo importante en la nación es la etnia, habrá otros que interpreten a la religión como el eje central de la nación o tal vez, quienes consideren que la lengua es el baluarte ante la identificación nacional. No hay un solo nacionalismo, este varía conforme a la situación y construye naciones dependiendo el contexto. Un ejemplo de esto sería las naciones estrechamente relacionadas con procesos religiosos como Irán o Pakistán, o los países africanos y las divisiones territoriales en el continente, luego de su descolonización en el siglo XX, respondiendo en cierta medida una configuración territorial, la cual no tiene en cuenta las diferencias étnicas.

En este punto, vale la pena señalar la idea de Benedict Anderson sobre la comunidad imaginada y su incidencia en la teoría antigenealógica de la nación. Para este historiador la comunidad como inherentemente limitada y soberana es imaginada, porque, “aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente cada uno vive la imagen de cada cual” (Anderson, 1983, p. 23). Aunque no lleguen a conocerse, todos los miembros de la nación viven bajo una bandera, himno y monumentos que enaltecen héroes o próceres, a favor de una identidad comunal en el ámbito nacional. Esto genera una cohesión social en la que, si bien la gran mayoría de los sujetos que componen la comunidad no se conocerán unos a otros, existen símbolos que representan a la nación y generan un vínculo entre todas las partes.

Tales artefactos crean la imagen de la nación para los compatriotas al igual que para los forasteros desde el exterior, forjando así a la propia nación. Así pues, Anthony Smith (1988) expone de que forma en Francia, gracias a la estandarización de la historia en libros que se harán canónicos, incentivando su lectura y recepción en las escuelas, haciéndolos parte importante de los aprendizajes generales de los educandos, se pretende crear una ‘conciencia nacional’, con la cual cimentar una idea fija de lo nacional, referenciando batallas, relatos o anécdotas que estructuran la historia nacional francesa. Se forja el imaginario de la comunidad francesa no solo en territorio francés, sino también, en sus colonias. Ernest Gellner (1983) acentúa que un nacionalismo como el francés, necesita de una cultura fuerte y concreta para mostrar su poderío, manteniendo la cohesión entre las partes y reduciendo a la minoría para que su capacidad de acción se vea disminuida, por no decir exterminada. En este caso, prima la cultura más fuerte, es decir, la nacional por encima de cualquier otra.

De este modo, los nacionalistas antigenealógicos “han juntado los variados ingredientes de la nación -historias, símbolos, mitos, lenguas- de un modo muy semejante a aquel en que los dueños de los pubs juntan los del ploughs´mans lunch”<sup>5</sup> (Smith, 1995, p. 187). Dado que la comunidad imaginaria de la nación moderna, no se basa en el pasado y la naturaleza inmanente como la nación genealógica, esta debe crear los símbolos y narrativas que le representan como tal. La bandera, un escudo, poemas o textos literarios legitiman el valor de la comunidad y permiten a sus integrantes, identificarse con la nación y seguir sus designios. El problema con esto es el tipo de mitos que se exaltan, a favor de la comunidad y cuáles, se excluyen.

De hecho, para pensadores como Gellner (1983), “el nacionalismo es esencialmente la imposición de una cultura desarrollada a una sociedad en que hasta entonces la mayoría, y en algunos casos la totalidad de la población se había regido por culturas primarias” (p. 81). En este caso, la asunción de una cultura nacional y el trascender de esta por parte de algunos nacionalistas antigenealógicos, está íntimamente relacionada con el desarrollo industrial moderno y las sociedades que subyacen a dicho fenómeno. En esencia, las naciones son externas y aparecen como parte del progreso humano y la ingeniería social. Cabe resaltar que, esta noción antigenealógica de la nación si bien se desprende de las premisas genealógicas, sigue dejando a un lado la voluntad subjetiva de los agentes históricos.

Las anteriores afirmaciones no responden al dinamismo de la ‘construcción nacional’. Retornando a las preguntas hechas por Renan, este se cuestiona porque Suiza, teniendo tres religiones y varias razas, es una nación teniendo en cuenta dicha heterogeneidad y no lo es Toscana, con un territorio, religión, cultura delimitada y homogénea. Aunque se tengan una lengua, las tradiciones o los símbolos, la nación necesita, según esta perspectiva, de la voluntad subjetiva de quienes la componen.

El problema que aparece bajo la voluntad subjetiva es lo gregaria que puede llegar a ser bajo los procesos políticos/nacionalistas ideologizados y lo que acontece luego, al ser parte de un cuerpo nacional. Para el historiador francés (1882), “el hombre no es esclavo ni de su raza, ni de su lengua, ni de su religión, ni de los cursos de los ríos, ni de la dirección de las cadenas montañosas” (p. 66). Aunque en apariencia no son esclavos, los seres humanos son sujetos

---

<sup>5</sup> Podría decirse, en español, que es la combinación de un sitio donde la gente toma cerveza, pero también, puede comer y servirse distintos platos a la carta.

maleables que bajo ciertos discursos, pueden llegar a sucumbir, comprometiendo su voluntad a causas políticas, en las que en un principio, se les puede haber prometido el porvenir. Es por esto que, algunos pensadores afirman que el nacionalismo crea a la nación y no a la inversa.

En este contexto, en las primeras décadas del siglo XX se da un cambio sobre el modo en que, el concepto antigenealógico de la nación, adopta el pasado e influencia al presente. Estos nacionalistas siguen invocando el pasado y las tradiciones nacionales, pero, la historia como tal pierde cierta relevancia. Lo que importa en verdad es la imagen construida de ella. Así, las voluntades subjetivas se ven supeditadas al discurso nacionalista y al apoyo de los líderes que de allí surgen. Por ejemplo, la nación para el fascismo “no es ninguna realidad preexistente que evoluciona, sino una que emana del *élan* del *Fuhrer* y sólo con él es coextensiva” (Palti, 2002, p.94). De esta manera, la nación constituye su representación en un discurso mítico que se convierte en realidad, en tanto que los elementos cognitivos se desanexan de sus componentes ideológicos. Lo que interesa aquí es lo que expresa el mito más no su contenido de verdad. Para Palti (2002) lo que se hace relevante frente el mito como tal no es ‘lo dicho’ sino ‘el decir’ y los efectos sociales que esto trae consigo.

En este orden ideas, aunque el concepto antigenealógico se distancia del concepto genealógico, sigue trayendo problemas a la investigación sobre la nación. Si bien, en cierta medida, este ya no acude a ideas naturalistas o evolucionistas, pareciese como si la nación fuese una creación *ex nihilo* donde su fundamentación se da con elementos aparentemente ficticios, creados en su momento para consolidar la conciencia nacional y restringir las diferencias sociales, territoriales o étnicas. Por tanto:

Las imágenes y las tradiciones que contribuyen en la construcción de naciones no son creaciones artificiales de *intelligentsias*, jefes o ingenieros culturales, sino el producto de una compleja interacción de estos creadores, sus condiciones sociales y las herencias étnicas de las poblaciones elegidas. (Smith, 1995, p. 194)

En los debates teóricos sobre la nación, se ha puesto en dos bandos opuestos a la teoría genealógica y antigenealógica. Aunque cada una parece tener argumentos convincentes para afirmar su postura, parece que la dicotomía genera un vacío en el que nadie, es un vencedor aparente. En dicha tensión, ¿dónde quedan los procesos de construcción nacional en Hispanoamérica? Las primeras naciones aparecen en estos territorios y no en Europa. Como

veremos, en un principio, estas no responden a ninguno de estos marcos teóricos. Lo cual, hace muy interesante los procesos que suceden tras las independencias y la posterior creación de las naciones hispanoamericanas. Pasaremos a analizar dicho fenómeno y sus repercusiones en esta discusión.

#### **1.4 La nación en Hispanoamérica: un encuentro con la novedad**

Los procesos de independencia en Hispanoamérica fueron el detonante para que emergieran nuevas comunidades nacionales a principios del siglo XIX. Antes que existiesen naciones en Europa, en América nacían las primeras naciones del globo. ¿Cómo se da este proceso? Retornando a las ideas de Anderson (1993) y la comunidad imaginada, hay dos factores clave con los cuales se dio el nacimiento de las naciones en territorio americano, según su perspectiva. La primera se basa en que, los criollos o españoles americanos, al tener medios políticos, militares y culturales para valerse por sí mismos, constituían una comunidad colonial privilegiada. El segundo factor, concatenado al primero, se basa en los modelos de comunicación de dicha comunidad y de qué manera, ante la información de revistas científicas, periódicos o pasquines, se crea una comunidad imaginada entre los lectores, interesados estos por lo que allí se departía<sup>6</sup>.

Sin embargo, este tipo de encasillamiento al definir el nacimiento de la nación en Hispanoamérica, por parte de este autor, trae varios problemas. Como se ha logrado evidenciar, la identidad nacional presupone dos factores: la unidad y existencia de rasgos comunes que puedan reconocerse en los connacionales y, la exclusividad de dichos aspectos, con los cuales denotar las diferencias (culturales, sociales, históricas) de los miembros de la comunidad nacional respecto a otras. Según Palti (2002), que Anderson afirme que los criollos desarrollaron tempranamente una identidad nacional, bien sea por el acervo cultural o el

---

<sup>6</sup> Siguiendo lo expuesto por José Carlos Chiaramonte (2004): “Este tipo de argumentación no solo reduce fenómenos históricos tan complejos a algunos pocos elementos por haber sido utilizados en atrayentes proyectos monográficos de otros autores, sino que además supone que la Independencia adivino como expresión de nacionalidades ya formadas en el periodo colonial” (p. 164). Esto implica que las cuestiones expuestas por Anderson, en lo que se refiere a Hispanoamérica, sean poco consecuentes con el periodo colonial. La utilización de la imprenta para el nacimiento de periódicos, revistas, etc., en su argumentación, aunque sea parte del acervo cultural de las comunidades letradas, no necesariamente son el detonante para el surgir de una comunidad nacional. Mucho menos el nacimiento de una comunidad proto-nacional antes de la Independencia. Asimismo, “la tendencia a construir explicaciones globales con escasa fundamentación” (Chiaramonte, 2004, p. 163), lo conduce a consolidar aseveraciones referentes al periodo, que no se corresponden con la complejidad de los acontecimientos que llevaron al nacimiento de las naciones en Hispanoamérica.

nacimiento de una comunidad letrada debido a su acercamiento a periódicos, revistas científicas o referencias en pasquines, es ilusorio.

Las aseveraciones expuestas por Anderson, afirmando que las élites criollas hispanoamericanas “fueron pioneras en la construcción del nacionalismo moderno al crear las condiciones para la existencia de un vínculo horizontal que permitió el nacimiento de una ‘comunidad imaginada’” (Pérez, 2003, p. 283), generan la percepción de que la independencia es un mito fundacional de liberación nacional, en el que los criollos, ya tenían las bases para consumir un proyecto nacional. En este sentido, “las primeras historias generales sobre las guerras de independencia presentaban un drama en el que los patriotas criollos, luchaban contra numerosos obstáculos, para crear una nación independiente, libre y moderna” (Lasso, 2008, p. 6).

Tales narrativas no muestran la profundidad y los problemas de comunicación, identificación y representación que sucedían no sólo en la Nueva Granada, sino también en el resto de virreinos y capitanías que conformaban la Monarquía española. Como señala Guerra (2003), las identidades al momento de la crisis monárquica eran difusas. Nueva España y Perú, al igual que la capitanía de Chile, tenían una ‘cultura avanzada’, al tener varios siglos de vida siendo virreinos. Cuestión contraria en el caso de Nueva Granada o Río de la Plata, donde los procesos de identidad estaban en sus inicios, dado que estos virreinos eran de creación reciente. Ahora bien, aunque existiera una hegemonía lingüística debido al legado de la lengua española y la sustitución de otros modelos de comunicación, luego de la Conquista de América, no existía una coerción entre todos los territorios de la Corona, dadas las complejidades geográficas, dificultando la unión de todos los estamentos.

En este orden de ideas, no se puede hablar de una comunidad protonacional, la cual se intenta liberal del yugo español, rompiendo los lazos coloniales, teniendo en sí los elementos para crear la nación. En el caso de la Nueva Granada y en general del continente hispano, los acontecimientos de 1811 en Cartagena tras la independencia de los pardos y mulatos nos muestran, como bien expone Marixa Lasso (2003), que existían movimientos de liberación sin ninguna caracterización nacionalista y que tampoco provenían de las élites criollas. Los procesos de ‘construcción nacional’, al menos hasta 1850, no serán estudiados bajo estos paradigmas de investigación que si bien son mentados para analizar este complejo fenómeno, no responden a las dinámicas nacionales hispanoamericanas.

Para Pérez Vejo (2003) la teoría genealógica o la nación a la alemana, se resume en un carácter esencialista en la que lo étnico/cultural bajo la trilogía romántica de la nación (Raza, lengua, historia), crea la identidad y la conciencia nacional de sus miembros. Por otro lado, la nación hecha a la francesa, está de corte antigenealógico, busca la voluntad de los sujetos para generar la coerción de todas las partes y así, ‘construir’ la nación. Aunque esta última, según este autor, es la que respondería de forma acérrima al contexto multifacético en el ámbito regional de los virreinos y capitanías. No obstante, luego de 1850, las historias nacionales hispanoamericanas abogarán por la caracterización genealógica de la nación.

Ahora bien, la pregunta es qué vino al principio y no luego de, respecto a las naciones nacientes en Hispanoamérica. Siendo territorios de difícil acceso, con comunidades alejadas y dispares, culturas disímiles y tradiciones particulares, las unidades políticas son establecidas por los pueblos<sup>7</sup>, más no por referentes individuales. Luego de la independencia, la nación que se intenta ‘crear’, responde a dinámicas pactistas donde sea posible participar en los procesos de Estado. Así pues, “la nación que intentan construir tiene un contenido esencialmente político; el de ser una comunidad soberana, y construir un gobierno propio, independiente tanto del precario gobierno central de la Monarquía como de las ciudades rivales” (Guerra, 2003, p. 213).

Teniendo en cuenta el caso de la Nueva Granada, la inclusión y pacto con las capitanías de Venezuela y Quito, no refiere a la unión de un pasado inherente que una a las tres en un eje embrionario o, por el otro, subsumir sus diferencias de toda índole en la retícula de la comunidad imaginada, abnegando las disimilitudes en aras de la construcción e identidad nacional. Al contrario, siguiendo a Pérez Vejo (2003), las primeras naciones que emergen en Hispanoamérica se dan bajo un manto pactista, en el que las instituciones estatales en torno a sus expresiones culturales forjan la nación. De ahí que, la cultura oficial del Estado prime contra las culturas populares.

La consumación de un proyecto nacional que niega a otras culturas, en favor de una hegemonía social, política y étnica, pone de facto la exclusión a la que se han visto supeditadas las comunidades subalternizadas. Para Lasso (2008), “negar los intereses, participación, y contribución de los afrocolombianos a la política republicana expresa el peso que los

---

<sup>7</sup> Como señala Guerra (2003) este término se puede asociar con el de ciudad o provincia, a mediados del siglo XIX.



historiadores generalmente dan a las narraciones políticas decimonónicas, las cuales siguen siendo leídas como evidencia cultural sobre clases bajas” (p. 12). Lo anterior pone de manifiesto el borrado al que se han visto sometidos por los pactos institucionales del momento, las comunidades subalternizadas, restringiendo a los ojos de la historia su participación en los complejos procesos políticos que condujeron a la independencia.

Según Alfonso Múnera (1998) en el *Fracaso de la Nación*, luego de la consumación de naciones pactistas como en el caso de la Gran Colombia y su respectiva división, historiadores como José Manuel Restrepo crean mitos históricos en los que los criollos son vistos como héroes y ciudadanos meritorios, donde sus acciones son exaltadas en sobremanera para legitimar su poderío en la constitución de la nación. La proliferación de tales narrativas en el imaginario público da cuenta de la oficialización que va adquiriendo este relato, suprimiendo de los procesos de independencia a los sujetos racializados. Estos no son referidos en dichas historias, más que en un papel secundario en el que no tuvieron incidencia en la construcción de la nación.

De este modo, “la nación se construye desde las elites hacia abajo. Es en gran parte un proceso de aculturación, de sustitución de identidades tradicionales por una nueva identidad normalizada construida a la sombra del poder político” (Pérez, 2003, p. 299 - 300). Los procesos de consumación nacional en Hispanoamérica reflejan la falta de compromiso con los distintos actores que hicieron parte de la independencia americana. Al ser retratada como un movimiento de liberación nacional por parte de los españoles americanos, en contra de los ‘atrasados’ españoles ibéricos, quienes pretenden seguir con el mal gobierno y retardar la asunción de la modernidad en América, se cimentó con más fuerza la idea de los criollos como eje central y fundamental en dichos acontecimientos de emancipación.

Volviendo al caso de Cartagena, según Lasso (2008), allí se pueden observar los primeros procesos liberales y republicanos en los que, sin importar el origen y en concordancia con muchos patriotas criollos, el poder político debía recaer en manos de personas con méritos. En el caribe, existieron artesanos y comerciantes que participaron activamente en los procesos de construcción política en la Heróica. Esto indica que, más allá del privilegio ostentado por las élites criollas como señala Anderson (1983), sujetos de la ‘clase baja’ abogaban por sus derechos y pretendían adquirir representación en los procesos institucionales, teniendo el reflejo de la Revolución en Haití.

Las acciones que llevaron al resquebrajamiento del poder monárquico, bien sea por cuestiones exógenas o endógenas, estas imbricadas y con distintos matices que las interconectan, son las que permiten que nuevos procesos en el ámbito político surjan. “Es el vacío de poder, y de legitimidad, generado por el colapso del Estado el que permite que formas de poder alternativas ocupen su lugar y es a partir de aquí de donde se construye la nación” (Pérez, 2003, p. 296). Constituciones como la de Quito o Cundinamarca, la creación de cabildos o juntas en los pueblos, como el fenómeno que sucede en Cartagena en 1811, nos muestran que la nación ni viene dada ni se inventa. Procesos históricos complejos de *larga duración*, conflictos, tensiones y experiencias particulares, emergen en los procesos concernientes a la llegada de lo que nombramos nación.

Por tanto, las naciones en Hispanoamérica, al menos en sus inicios, no pueden ser adjetivadas en una noción genealógica o antigenealógica. Como logramos evidenciar, este tipo de teorías tomaran fuerza luego de la mitad del siglo XIX, en ambas partes del hemisferio. Al ser tan complejos los procesos coloniales e independentistas en Hispanoamérica, encasillar en alguna de estas teorías estos procesos, le quita peso a los actores históricos y sus gestas para superar el yugo colonial español. Dichas teorías, con un tinte eurocéntrico debido a que fueron estructuradas para un contexto diferencial al americano, pero intentan ser superpuestas a este, nos revelan dicotomías que en apariencia pueden resultar insondables. Pero en últimas, parece que son más las afinidades entre una y otra teoría, que sus supuestas diferencias. Ambas se fundamentan bajo parámetros de cohesión que llaman a la lengua, religión e historia como fundamento de la comunidad nacional, bien sea desde la idea inmemorial o de la invención nacional. Así, los procesos de ‘construcción nacional’ en Hispanoamérica, plantean la reflexión sobre el canon historiográfico y la revisión de fuentes, en aras de mostrar los procesos políticos, culturales y sociales de los sujetos subalternizados, que han sido obnubilados en los relatos decimonónicos de la nación.

## Capítulo 2

### La nación y su trasegar en el ámbito conceptual: la historia conceptual y el proyecto Iberconceptos

#### 2.1 Introducción

En este capítulo daremos un paso más en la comprensión del problema de la nación. Para ello, pasaremos de las discusiones y referencias del primer capítulo, relacionadas con el campo de las ciencias sociales y los procesos históricos con los que se pretenden dilucidar la nación, al plano de la historia conceptual, abriendo otra puerta en aras de comprender dicho fenómeno, acercándonos a algunas de las voces del pasado y sus respectivas experiencias, en el entorno sociopolítico neogranadino. Para ello, en la primera parte de este capítulo, abordaremos de forma general la apuesta de Reinhart Koselleck, en referencia al proyecto de historia conceptual (*Begriffsgeschichte*), la metodología que sostiene su proceder investigativo, las herramientas con las que se consolida dicho proyecto y en qué sentido, es un instrumento para comprender el pasado y los cambios que transitan hasta nuestro presente.

En un segundo momento, dejando claras las nociones básicas de la historia conceptual y su metodología, pasaremos al proyecto *Iberconceptos*. Dicha investigación, bebe de las fuentes de la conceptualización histórica de Koselleck, pero a su vez, se distancia de esta en varios aspectos. El proyecto investigativo y conceptual instaurado en el contexto iberoamericano, pretende exponer los cambios conceptuales fundamentales que se generan entre el siglo XVIII y XIX, donde suceden los variopintos procesos de independencia, como también, el nacimiento de las primeras naciones. Así, se intenta mostrar el proceder investigativo de esta propuesta, sus aciertos, falencias, en aras de comprender sus apuestas.

Por último, bajo los parámetros investigativos del proyecto conceptual iberoamericano, analizaremos lo expuesto en referencia al concepto nación en el primer tomo del diccionario, teniendo en cuenta las voces y cambios semánticos, estos correspondidos por las experiencias de algunos agentes históricos de la época. Asimismo, bajo esta perspectiva, exponer algunas de las limitaciones de este estudio.

## 2.2 Un acercamiento a la historia conceptual

La historia conceptual es un proyecto impulsado por el alemán, Reinhart Koselleck. Este pensador es quien postula las líneas generales, reflexivas y teóricas de tal investigación. Dicho historiador es un referente en lo concerniente a la historia conceptual, en Alemania, desde principios del siglo XX. Ahora bien, el proyecto en el que colaboró Koselleck, es llamado *Conceptos históricos fundamentales: léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania (Geschichtliche Grundbegriffe: historisches Lexicon zur politischsozialen Sprache in Deutschland)*, en donde también participaron Otto Bauman y Werner Konze, recogiendo el terremoto conceptual que desde mediados del siglo XVIII hasta el ecuador del XIX, nos permite comprender las experiencias de los agentes históricos de la época. Las transformaciones semánticas serán paralelas a los cambios que acontecen en la realidad de los agentes históricos de esta época y su incidencia en el campo sociopolítico. La metodología de esta investigación estuvo pensada, en un principio, netamente para la nación alemana.

Ahora bien, las experiencias de los agentes históricos de una época inciden en los cambios semánticos de su lengua y la forma en que es empleada en el ámbito sociopolítico. Los actores históricos del pasado, al igual que nosotros en el presente, observan, dialogan y construyen nociones que nutren su léxico, para expresar lo que sucede a su alrededor. En este sentido, las transformaciones en el campo conceptual están unidas a las acciones de los agentes y el modo en que querían expresarlas en su tiempo. La historia conceptual es una herramienta para dilucidar esta transición, funcionando “como una suerte de terapia semántica dirigida a enderezar el uso caótico y promiscuo de un término filosófico” (Oncina, 2003, p. 166).

La historia conceptual pretende mostrar los cambios efectuados en conceptos claves en el ámbito sociopolítico, teniendo presente las experiencias de los agentes históricos y las implicaciones de estos, frente a dichas transformaciones. Este fenómeno conceptual con incidencias en la realidad de aquellos sujetos, al igual que en el contexto semántico, acaecido entre los años 1750-1850 es nombrado el “periodo bisagra [*Sattelzeit*]<sup>8</sup> en el que los significados originales se transforman en su avance hacia nuestro presente” (Koselleck, 2009,

---

<sup>8</sup> El historiador alemán ha hecho salvedades frente a este periodo de conceptualización, respondiendo a las críticas de variados pensadores ante la afirmación de que este periodo es condición necesaria para el ‘terremoto conceptual’. Aunque el periodo fue de suma importancia, debido a la Revolución Francesa y los procesos de industrialización en Europa, la Conquista de América como la Primera guerra mundial, pueden ser considerados acontecimientos que acentuaron transformaciones profundas en los conceptos debido a las experiencias de los agentes históricos.

p. 95). En este lapso, según Koselleck, se darán variaciones en referencia a lo sociopolítico, cultural, institucional, etc., con un impacto monumental para los sujetos de aquella época. Estos cambios eran imprevisibles en su mayoría, conllevando a que las experiencias de los agentes intenten ser expresadas por conceptos que, en su momento, no estaban disponibles, ya que, los que tenían a la mano no eran suficientes para significar todo lo que sucedía en su entorno.

Para Reinhart Koselleck (2004), no es posible negar la relación entre conceptos (lingüísticos) y experiencias (extralingüísticas). De ahí que, para acumular o desarrollar experiencias, es decir, incluirlas en la vida de cada cual, se necesitan conceptos que logren guardar o retener tales experiencias, aun cuando estas ya se han desvanecido. En otras palabras, aunque en la actualidad las experiencias ya no estén a nuestro alcance, dado el paso del tiempo y las transformaciones de nuestro entorno, los conceptos retienen dentro de sí dichas experiencias en aras de ser traducibles de la forma más consecuente posible en el presente. Debido a esto, para este método de investigación es de suma importancia remitirse a las fuentes donde los agentes históricos, expresen lo que pensaban, sentían u observaban, en referencia a su contexto y los cambios que avizoraban.

La diferencia entre palabra y concepto es importante para comprender, la apuesta metodológica aquí expuesta. Se puede afirmar que los conceptos están unidos a las palabras, pero estas no recogen en su totalidad las experiencias y significaciones sociopolíticas, las cuales traen un componente de complejidad que sí es posible rastrear en los conceptos. Faustino Oncina (2003) indicará que, “aunque tanto palabras como conceptos son polisémicos, los últimos añaden la cualidad de tener más de un significado de manera esencial, esto es, no pueden devenir unívocos” (p.171). El proceder aquí expuesto, le otorga un carácter adicional al componente semántico y de significación a los conceptos, donde la palabra puede “llegar a ser unívoca porque es polisémica. Por el contrario, un concepto debe conservar su equivocidad a fin de poder ser concepto. Es verdad que el concepto está unido a la palabra, pero al mismo tiempo es más que la palabra” (Koselleck, 2009, p. 101).

Para que una palabra se convierta en concepto es menester que el conjunto de experiencias en el ámbito sociopolítico en que se utiliza esa palabra, entre a constituir la significación de la palabra, integrando nociones más allá de su significado. Es decir, en el caso que aquí nos compete, que es el de concepto Nación, nociones como ciudadano, constitución, territorio, poder o jurisdicción, son aprehendidos por dicha palabra, haciendo de esta un concepto, dado

que “los conceptos son el concentrado de muchos contenidos significativos” (Koselleck, 2009, p. 102). Así, los conceptos se entrelazan con otros en aras de que sus significaciones se amplíen, abarcando otro tipo de procesos lingüísticos y experiencias históricas, magnificando su alcance en el espectro sociopolítico.

En este contexto, existen conceptos específicos que son indispensables y sin los cuales, no se comprenderían las transformaciones que se dieron en el periodo bisagra. Reinhart Koselleck los nombro *conceptos históricos fundamentales*. Para el historiador alemán, “se trata de un concepto que, en combinación con varias docenas de otros conceptos de similar importancia, dirige e informa por entero el contenido político y social de una lengua” (Koselleck, 2004, p. 35). Tales conceptos son guía del movimiento histórico efectuado en aquel momento, al ser utilizados en el plano sociopolítico de forma primordial en los debates, pasquines, periódicos, proclamas o escritos filosóficos de la época. Así, “al devenir fundamental un concepto, enmarca y restringe, aumenta y limita el vocabulario válido para las generaciones sucesivas (Oncina, 2003, p. 175). Es decir, al ubicar un concepto como fundamental, este nos indicara que se ha dicho y como ha sido empleado por los agentes históricos de la época, remitiéndonos en la actualidad a sus respectivos cambios y en que aspectos, esto influirá en el concepto a futuro.

Por consiguiente, los conceptos históricos fundamentales, además de lo ya expuesto, pasan por una singularización en sus contenidos, abarcando su pluralidad en dicho concepto específico. Esto implica que el concepto abarque una multiplicidad de historias, tanto del pasado como el presente y seguramente, las que aparecerán en el futuro. Esto se conoce como el componente *sincrónico* y *diacrónico* de los conceptos. Dichos elementos, según Faustino Oncina (2003), indagan en los diversos significados de una expresión y, la amalgama de denominaciones para una situación real bien sea que busquemos sus significaciones en el pasado y estas se correspondan con el presente o, por el contrario, estas tengan un ‘desfaz’ en el tiempo, con lo cual su contenido semántico no se corresponda con la actualidad. En otras palabras, dichos componentes responden al uso de un concepto en el presente, donde “la pluralidad temporal aborda la zona de convergencia a la que el pasado y sus conceptos repercute sobre nuestras categorías de análisis” (Ortega, 2021, p. 321).

Retornando a los conceptos fundamentales, al convertirse en *singulares colectivos*, los componentes que significan la noción pasan a formar parte de una sola estructura que conglomerada todo lo significado frente a las experiencias de los agentes y los respectivos

cambios semánticos, en el aparato sociopolítico. Según Koselleck (2004), se deja de hablar de las historias, sino de la Historia; no se tematizan las independencias, pero sí la Independencia; no se buscan las libertades, se indaga la Libertad; no se teoriza a las naciones sino a la Nación. Los singulares colectivos nos muestran los cambios que ha tenido a lo largo del tiempo, los conceptos cruciales en el *Sattelzeit* y las significaciones, ideas o nociones, que engloban de forma singular la pluralidad. No obstante, vale la pena aclarar lo siguiente:

La historia de los conceptos va más allá de una sistematización o adición de datos históricos de fuentes. Más bien es un acercamiento interpretativo a la experiencia plasmada en los conceptos y descifra, en la medida de lo posible, las pretensiones teóricas contenidas en los conceptos. (Koselleck, 2009, p. 99).

La historia conceptual no busca la compilación de datos, sobre lo que se dice del concepto. Al contrario, intenta formarnos una idea de las experiencias que han constituido al concepto, tras las dinámicas en las que ha sido utilizado en el ámbito sociopolítico por los agentes históricos del pasado. Los conceptos no solo se singularizan o se demarcan de la palabra tras su significación. Estos pasan por ciertas dinámicas en las que su uso por parte de las comunidades históricas, denotan sus expectativas, popularidad o abstracción.

Este tipo de especificidades en los conceptos son nombradas por Koselleck (2009) como la *democratización*, *temporalización*, *ideologización* y *politización*. Según Óscar Linares (2021), la democratización muestra el empleo de un concepto y su popularización, abriéndose paso en grupos sociales más amplios; la temporalización de un concepto, responde a la carga de expectativas y la percepción que tienen los agentes históricos del pasado, buscando el porvenir en el futuro; la ideologización de un concepto influye en su abstracción, lo cual le otorga bases a la singularización del concepto, a partir de formas únicas y ciegas (por ejemplo el concepto de liberal, republicano, socialista, etc.) y por último la politización del concepto, donde estos son conducidos a la polémica, al ser utilizados por una facción u otra, en el ámbito político.

Las nociones anteriormente enunciadas, no solo responden a conceptos fundamentales que tienen cierta relación con el pasado y sus cambios en el presente, también refieren a los neologismos que aparecen en el campo político del momento, convirtiéndose también en fundamentales. Por ejemplo, los *ismos* (nacionalismo, fascismo, centralismo, federalismo, liberalismo o comunismo) manifiestan la carga de expectativas de la comunidad histórica frente

a conceptos que se van constituyendo de experiencias con miras al futuro cercano, teniendo en cuenta las aspiraciones sociopolíticas y las transformaciones pretendidas en este espectro. Empero, “un concepto testimonia las mutaciones sociales y encarna su horizonte prospectivo. Registra a la vez que propulsa y, por lo tanto, es teórico–práctico” (Oncina, 2003, p. 172).

Por estas razones, dichos neologismos son “una serie de programas que habrían de ser realizados con éxito dispar solo en el transcurso de las luchas políticas futuras” (Koselleck, 2004, p. 38). Estos conceptos son relativos a movimientos políticos que aspiran a cambiar la sociedad. Así, el pensador alemán deja una salvedad o regla semántica, en referencia a dichos conceptos que aparecen como novedosos en el ámbito sociopolítico: a menor contenido experiencial, mayor carga de expectativas. En otras palabras, estos conceptos abren a los agentes históricos un *horizonte de expectativas* en el que es plausible depositar lo que se espera a futuro de los procesos sociopolíticos, que abarcan a la comunidad en el presente.

Para Koselleck (2004, 2009), las investigaciones en el campo de la historia conceptual nos muestran la convergencia, aunque con tensiones, entre las circunstancias históricas y los registros lingüísticos, implosionando repetidamente en la historia. Para dar claridad a esta cuestión, la historia conceptual emplea en su metodología, el carácter *semasiológico* y *onomasiológico*. En el primer término aquí expuesto, se tienen presentes todos los significados de un término para describir el concepto. Es decir, “partimos de la palabra y nos dirigimos a los significados que constituyen el concepto asociado a esa palabra” (Linares, 2021, p. 107). En este sentido, por ejemplo, la palabra *nación* puede ser emparentada con ‘identidad ciudadana’, ‘democracia institucional’, ‘comunidad cívica’, etc. Allí, los archivos donde aparezca el concepto o sus conexiones con otros darán cuenta para el investigador, tanto de su utilización en el aparato semántico, como también, el rastreo de las experiencias de los agentes históricos ante los cambios conceptuales.

En segunda instancia, haciendo referencia al carácter onomasiológico de los conceptos, este proceso pone en énfasis las variadas evaluaciones entre palabras o conceptos que, “pueden usarse para dar cuenta de un estado de cosas que en principio es invariable; en otras palabras, ante una realidad x, la vía onomasiológica escruta los posibles y disimiles vocablos (a, b o c) para denotarla” (Linares, 2021, p. 108). Siguiendo a Francisco Ortega (2011, 2012), hay conceptos que se utilizan como sinónimos para exponer que sucede ante ciertas experiencias, pero que necesariamente no abarcan en completud fenómenos que desbordan su significado,



implicando una limitación en la comprensión del contexto sociopolítico. Piénsese por ejemplo en el concepto colonia. La noción en aquella época no tenía consigo la carga significativa que tiene en la actualidad, puesto que no hacía referencia a la dominación y opresión de unas comunidades, por encima de otras desde la cuestión étnica, cultural o cognitiva. Sin embargo, aunque no hubiese documentación del pasado que nos permita rastrear tal fenómeno, es innegable que existieron en la época colonial, procesos de exclusión política y social, en los que los criollos dominaron y minimizaron a las comunidades negras e indígenas. Aunque el concepto no esté en boca de todos los actores históricos o no este referenciado en periódicos, pasquines o revistas científicas, es un proceso inherente a las sociedades iberoamericanas y en esa medida, termina siendo fundamental para las comunidades históricas del territorio.

Hasta ahora se ha hecho un paneo general acerca de las cuestiones básicas, respecto a la metodología empleada por la historia conceptual. Esta nos acerca a la comprensión de procesos históricos y las voces de los agentes en el periodo bisagra en el contexto alemán, otorgándonos herramientas para la comprensión de los cambios semánticos y como estas transformaciones se concatenan con las experiencias de tales sujetos, repercutiendo en la sociopolítica del momento. De ahí que, “en la práctica hay numerosos hechos o modos de comportamiento antes de su denominación lingüística, como aquellas que solo mediante su captación lingüística se convertirán en fenómeno histórico” (Koselleck, 2009, p. 103). Así, podemos afirmar que las condiciones que emanan la realidad son al mismo tiempo, las que nos brindan la capacidad de conocimiento y reflexión sobre lo conceptualizado.

Para finalizar, el periodo de estudio de la historia conceptual, instaurado por Reinhart Koselleck (1750-1850) como ya se expresó con anterioridad, se relaciona con el contexto alemán. No obstante, “las transformaciones lingüísticas y estructurales no fueron exclusivas de Alemania. Desarrollos análogos ocurrieron en otras comunidades europeas, aunque los ritmos pueden haber diferido” (Oncina, 2003, p. 185). En todo el globo, se han dado transformaciones semánticas donde se reflejan las experiencias de los agentes. El método de la historia conceptual puede ser utilizado como herramienta para acercarnos al pasado, teniendo en cuenta las particularidades entre cada comunidad. Se podrían plantear varios tipos de historia conceptual, sin que un tipo prime por encima del otro.

En este orden de ideas, vale la pena aclarar que no hay un modo específico y unívoco de “hacer historia conceptual, e intentar buscarlo sería errar en el desierto (y en cierta medida un

despropósito); cada vez que encumbramos un aspecto reconocido como vital por aquí, encontramos que el mismo es desestimado por allá” (Linares, 2021, p. 84). En este sentido, pasaremos a abordar las apuestas metodológicas que conducen a consolidar el proyecto investigativo cimentado en Iberoamérica en el espectro conceptual, como lo es el *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*. Aunque este sigue ciertas pautas de la historia conceptual kosellekiana, se aleja de otras para hacer más comprensible el pasado iberoamericano. Este estudio tendrá en cuenta las voces de los agentes y sus respectivas experiencias, al intentar significar todo lo que sucedía a su alrededor en la Era de las Revoluciones.

### **2.3 Iberconceptos: conceptualización de una era de cambios**

El monumental proyecto *Iberconceptos*, es una investigación que en la actualidad está dividida en dos tomos. El primer tomo se nombró *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750–1850 [Iberconceptos I]*, en el que se estudiaron los conceptos *América/Americano, Ciudadano/Vecino, Constitución, Federación/Federalismo, Historia, Liberal/Liberalismo, Nación, Opinión pública, Pueblo/Pueblos y República/Republicanism*. Este tomo se centra en tales conceptos fundamentales, según Fernández Sebastián (2009), en aras de comprender los acontecimientos acaecidos en el periodo de preindependencia, independencia y el surgir de las primeras naciones.

El segundo tomo, llamado *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: conceptos políticos fundamentales, 1770 – 1880 [Iberconceptos II]*, continua con la tesis principal del primer tomo acentuada por Fernández Sebastián (2014), es decir, mostrar los cambios y matices en las cuestiones semánticas/experienciales de los agentes históricos, teniendo en cuenta los conceptos fundamentales en disertaciones de gran impacto en lo concerniente al contexto sociopolítico. Pero como veremos, en este tomo se harán varias apreciaciones y correcciones. En este segundo tomo se suman a los conceptos ya mencionados, nociones como *Civilización, Democracia, Estado, Independencia, Libertad, Orden, Partido, Patria, Revolución y Soberanía*.

Como es posible denotar, hay cambios tanto en los periodos de estudio, al igual que los títulos de ambos compilados conceptuales. Tales transformaciones no son inocentes y responden a algunas de las críticas hechas al proyecto. Por ejemplo, según indica Linares (2021), “el

proyecto cambió de la era de las revoluciones a Conceptos políticos fundamentales y el periodo de tiempo en el que se encuentra la investigación mutó de 1750–1850 a 1770–1870” (p. 121). Los cambios efectuados indican una aproximación más contextualizada al espacio iberoamericano, donde ya no se parte del periodo establecido para Alemania, como el *Sattelzeit*, y si aterrizan la discusión a los tiempos donde se dan las transformaciones profundas que cambian, todo el panorama sociopolítico en Iberoamérica. Se parte del periodo 1780–1870, dado que este responde tanto al nacimiento de las primeras críticas al gobierno de la Monarquía, como lo fue la insurgencia comunera al igual que el proceso de consumación nacional, que no para en 1850, por el contrario, esté continua hasta finales del siglo XIX y en algunos casos, principios del XX.

Si bien la historia conceptual nos brinda herramientas para analizar la significación de los conceptos, a la par de las experiencias históricas de los agentes, no es viable reducir a un periodo ajeno las complejidades acaecidas en el transcurso de las luchas de independencia y respectiva ‘construcción nacional’, en territorio hispano-luso. Con el proyecto *Iberconceptos*, se pretende dar una apertura mayor al proyecto conceptual, iniciado por Reinhart Koselleck, siendo Fernández Sebastián (2009, 2014) el compilador de la investigación y quien, sigue muy de cerca en sus escritos y tesis, la apuesta conceptual kosellekiana. De tal forma que, “este diccionario busca desarrollar un estudio sistemático comparado de la transformación de los conceptos políticos básicos en los países de habla española y portuguesa a ambos lados del atlántico entre, 1770 - 1870” (Fernández, 2014, p. 32). Podemos afirmar que la apuesta conceptual que se intenta esbozar en Iberoamérica, aunque tome ciertas ideas del proyecto conceptual alemán, dadas las diferencias temporales, espaciales y experienciales, se aleja paulatinamente de algunas nociones acentuadas por Koselleck en su método.

Este estudio, aunque abocado a cada una de las naciones emergentes tras la disolución de la Monarquía hispánica o Lusa (teniendo en cuenta el caso particular de Brasil y su constitución como monarquía hasta finales del siglo XIX), pretende generar un marco transnacional de las historias atlánticas, interconectadas, pero con muchas diferencias entre sí. Sin embargo, vale la pena dejar claro que, “El impulso por comparar los usos de cada concepto en diferentes países, la historia conceptual comparada, constriñe la comparación de los conceptos a un ámbito que no es el interconceptual sino el internacional” (Linares, 2021, p. 112). Esto es un limitante y una crítica al estudio, teniendo presente que el periodo en que los participantes del proyecto

indagan, las fronteras políticas como las conocemos en la actualidad, o bien no existían o estaban lejos de haberse consolidado.

Fernández Sebastián (2009, 2014) nos expresa que las identidades eran ambivalentes y las comunidades de referencia variaban de forma considerable, dependiendo el virreinato o capitania, donde estas se establecieran. Más allá de un ejercicio transnacional, es importante mostrar las redes que tejen las relaciones de un concepto a otro, siguiendo las experiencias que los componen y los entrelazan, influyendo así en sus significados. Los conceptos fundamentales se nutren unos a otros en la red de significados, potenciando su importancia al ser utilizados en el aparato lexicográfico, por las comunidades históricas. Siendo referidos en un marco transnacional, se puede entender su utilización y contenido en un espacio específico. Sin embargo, esto no responde a los lazos conceptuales entre una y otra noción, lo cual si enriquece el significado del concepto a nivel semántico, como también, las distintas experiencias que unen toda la red de conceptos.

Ahora bien, el periodo del que parte esta investigación en el caso iberoamericano y los cambios que se efectúan en estos años turbulentos, nos otorgan herramientas para dilucidar la relación de ida y vuelta, entre conceptos cardinales y las cambiantes circunstancias en el plano histórico y político. Para Fernández Sebastián (2008, 2009, 2014), la complicada situación de la Monarquía desde 1808 y las mutaciones en las prácticas culturales con la difusión de impresos, manifiestos, proclamas o prensa política, obligó a las facciones en el poder a la búsqueda de salidas inéditas, otorgando márgenes de acción a nuevos conceptos políticos como patria, nación o independencia.

Las distintas transiciones y procesos que aparecen de forma dramática, entre el siglo XVIII y XIX, las transformaciones en el léxico semántico y los conceptos que emergen definen también los debates que se dan alrededor de los distintos fenómenos, acaecidos en el plano sociopolítico. Para comprender las discusiones de la época, como indica Francisco Ortega (2021), la mayoría de académicos imbuidos en este proceso investigativo, recurren a las fuentes letradas o ilustradas (bien sean científicas, periodísticas, constitucionales, etc.), exponiendo las experiencias y cambios semánticos, dejando claro que los sujetos que detentaban el poder accedían con mayor facilidad a los círculos académicos y alfabetizados de la época. Así, se extrae de estas fuentes el néctar conceptual, aunque, esto ha sido criticado, puesto que les da primacía a unos actores, por encima de otros.

Como se indicó en el primer capítulo de esta tesis, no solo las élites criollas participaron de las experiencias sociopolíticas en el periodo de independencia. También lo hicieron las comunidades subalternizadas, quienes de una forma u otra, a pesar de sus pocas referencias en los documentos de la época, al no hacer parte de los círculos letrados, fueron actores históricos fundamentales dada su incidencia en tales acontecimientos. Empero, es importante dejar claro que “a unas mismas palabras se vinculan distintos tipos de conceptualizaciones no ya de unas lenguas a otras, sino incluso entre los hablantes de un mismo idioma, dependiendo de los países, coyunturas, contextos, tendencias ideológicas” (Fernández, 2014, p. 53), lo cual nos muestra las complejidades a las que se ven supeditados, los procesos de conceptualización en el espacio iberoamericano.

Siguiendo al compilador de este proyecto (2009, 2014), si alguno de los *conceptos fundamentales* utilizados por los agentes históricos de aquella época, fuese suprimido en su totalidad o eliminado de las controversias argumentativas, desaparecerían las columnas base en la sustentación, dificultando la reconstrucción y el sentido de los discursos. Si se estudian los conceptos no solo en el plano semántico, sino también experiencial, se debe tener presente que la supresión de lo significado por los agentes en tales nociones no puede ser olvidado o negado, puesto que se podría falsear lo que pretendían o resignificar lo allí expuesto, sin tener en cuenta sus voces, variadas y disonantes. Esto influirá, como vimos en el primer capítulo, en los distintos caracteres de exclusión en la cuestión nacional, marginalizando las experiencias de los mulatos, negros o sambos, con lo cual se van configurando las bases de una nación blanqueada y creada con cierto tufo eurocéntrico/colonial. De ahí que, sea “necesario en primer lugar que el historiador intente acercarse todo lo posible a la manera de ver el mundo de los protagonistas del pasado” (Fernández, 2009, p.29), otorgándoles voz a todos los agentes históricos del periodo estudiado, sin excepción.

Ahora bien, para evitar anacronismos y extrapolar concepciones del presente al pasado, es importante investigar las fuentes teniendo en cuenta que sentían, pretendían o preguntaban sus voces en aquel tiempo, en el espectro sociopolítico. Así, “los conceptos no solo son indicios de los contextos sociales y políticos que reúne, sino que además son ‘factor’ en la reproducción de estos contextos” (Ortega, 2021, p. 315). Esto nos indica que la tarea de delimitación conceptual no es simple, puesto que los usos de algunos conceptos pueden diferir dependiendo la situación o el territorio, lo cual el diccionario Iberconceptos intenta mostrar, dado su

recorrido por cada nación naciente o su vínculo con algunos de los virreinos, antes de la emancipación.

Las transformaciones semánticas en la significación de los conceptos traen cargas de expectativa ante el futuro y el devenir que nace de estas. Siguiendo a Javier Fernández Sebastián (2009), los procesos acaecidos en el marco de la independencia y el nacimiento de Estados-nación, posibilitan el surgimiento de agentes colectivos en el escenario sociopolítico, en territorio iberoamericano. La creación de identidades como el americano, criollo, ciudadano, insurgente, liberal, afrancesado, colombiano, mexicano, etc., se da tras las disputas políticas de sujetos históricos imbuidos en dichos procesos, emergiendo nuevos conceptos, para significar los distintos cambios tanto en el aparato de gobierno al igual que en las colectividades políticas nacientes.

Asimismo, en el contexto iberoamericano, se adicionan dos términos para explicar el constructo de los conceptos históricos fundamentales en la Modernidad, como lo designa Reinhart Koselleck. Es decir, aparte de la democratización, ideologización, temporalización y politización<sup>9</sup>, aparece la *emocionalización* y la *internacionalización* de los conceptos. Para Fernández Sebastián (2009), la emocionalización es una idea que nos muestra, la captación de emotividad y expectativa de los conceptos históricos fundamentales y que a su vez, son guía en el espectro político, debido a las aspiraciones sociales impresas en estos. Por otra parte, la internacionalización pretende captar la estandarización gradual del vocabulario político entre el siglo XVIII y XIX, en la que los conceptos serán referenciados en los procesos sociopolíticos mundiales, a partir de su arraigo en el lenguaje. “Con la diseminación bihemisférica de algunos de estos conceptos comenzó un diálogo y una ‘diáspora de los significados’ o ‘globalización intelectual’ que desde entonces ha ido en aumento” (Fernández, 2014, p. 46).

Paradójicamente, ante esta apertura de los conceptos a nivel transatlántico y paulatinamente internacional, se daba también una ‘nacionalización’ en la significación de algunos conceptos fundamentales como Estado, nación o ciudadano. Esto se debe a la creciente diversificación en

---

<sup>9</sup> Fernández Sebastián (2014) hace una salvedad frente a estos postulados koselleckianos, teniendo presente las críticas que se han hecho de su pertinencia, frente al periodo que estudia el diccionario conceptual en el primer tomo. Uno de los términos más controvertidos es el de democratización, lo cual se debe a la fluctuación de los acontecimientos en el plano y la construcción gradual de proyectos de índole gubernamental, en las naciones que aparecen luego de los procesos de independencia. Estos no se dieron de tajo y fueron graduales, implicando que la democratización sea un proceso lento respecto a su anexión, a la conceptualización política.

el uso y significado que se atribuía a los conceptos, dadas sus variadas referencias, pero sin una matización clara respecto a su significación, tras la diversidad de contextos en la que fue empleado. Una palabra (nación, patria, federación, etc.) podría congregarse varios significados o ser sinónimo de otras, como ocurría en el caso de nación/patria o pueblo/ciudad, lo cual implica que no se recubren ni las mismas realidades al igual que, las expectativas o emociones entre las élites, intelectuales o sujetos racializados que los emplean.

La pluralidad de la que se ha hablado ante la definición conceptual y dejando clara la existencia de la falta de referencia documental de otros actores históricos, aparte de los sujetos letrados y alfabetizados, tales documentos, nos brindan un acercamiento al componente semántico del concepto estudiado, al igual que las experiencias que lo componen. Para Fernández Sebastián (2009), algo curioso en este proceso, es que si bien circulan a un lado y al otro del Atlántico una gran variedad de textos es posible percibir diferencias significativas en la edición y difusión de estos, dependiendo el espacio donde se proliferaran. Un documento que llegase a la Nueva Granada tendría cambios con otro de la misma índole, si desembarcaba en la Nueva España. De este modo, el *diccionario político y social del mundo iberoamericano*, no trata de definir los conceptos, siguiendo las pautas expuestas por la historia conceptual. Al contrario, manteniendo la salvedad de la ambigüedad histórica de los conceptos, como ya se ha visto, se pretende “restituir una amplia muestra de sus significados flotantes y controvertidos e intentar hacerlos inteligibles al lector actual” (Fernández, 2009, p. 34). Los estudios referentes a las investigaciones conceptuales de este tipo, no se ciñen a territorios particulares, aunque se hagan las distinciones entre ‘naciones’ y sus historias. A saber, pretenden mostrar el marco transnacional que subyace a los conceptos fundamentales, teniendo en la retícula los problemas que esto trae consigo, como ya se ha expuesto con anterioridad.

De hecho, Fernández Sebastián (2009, 2014) deja claro que, para aquel momento, los acontecimientos históricos como las revoluciones liberales de España, Portugal, al igual que las revoluciones americanas, no pueden ser estudiadas como si de fenómenos iguales se tratara. Siguiendo lo expuesto en el primer capítulo, aunque sucedieron de forma diferenciada, los procesos que llevaron a la revolución, independencia y nacimiento de naciones en Hispanoamérica, no responden a un solo acontecimiento en el que se puedan encasillar, todas las complejidades de tales fenómenos. Los procesos enunciados responden a variadas experiencias que unas veces se encuentran, otras se cruzan y algunas se repelen. En este orden de ideas, es importante mostrar que el proyecto *Iberconceptos* rompe con la idea de una

Modernidad, como la considera Koselleck, al ser acentuada en el contexto europeo y replegándose al resto del planeta. Para el historiador español (2009, 2014), si hablamos de procesos variados y disimiles, como se ha indicado reiteradamente, se referencia la idea de que existen múltiples tipos de modernidad, las cuales señalan procesos diferenciales, desligándose de la idea de una Modernidad unívoca y eurocéntrica. La pluralidad en las proyecciones de los agentes históricos, nos indican la diversidad de ideas y procesos políticos que se daban en todo el territorio iberoamericano, intentando cimentar nociones de progreso, desarrollo y representación desde el ámbito político, por fuera del marco pretendido por la monarquía española, complicando la percepción de que la Modernidad se expandió al resto del mundo, desde Europa.

El nacimiento de constituciones y juntas donde se debatían los aspectos políticos, cambios y posturas frente a la Monarquía, no solo muestra la autonomía y lucidez de los actores políticos del momento, al buscar salidas a la eventual crisis que se abría ante sus ojos. La transición entre el mundo tradicional, concatenada con estos debates y las críticas al mal gobierno de la Corona, nos muestra que los cambios conceptuales y la investigación efectuada por Iberconceptos, son una herramienta de suma importancia para la comprensión del pensamiento de los sujetos que se vieron imbuidos en tales acontecimientos, brindándonos una mirada más cercana de sus pretensiones en el ámbito sociopolítico.

Para finalizar, la investigación, efectuada por los distintos autores que hicieron parte de la compilación del proyecto Iberconceptos, nos abre las puertas para comprender de otra forma la nación, teniendo en cuenta los vacíos y las críticas que se han hecho al diccionario conceptual. Así, a pesar de las críticas al proyecto, “una de las principales ventajas de esta aproximación es combatir la tendencia generalizada a naturalizar nuestros propios conceptos políticos y categorías al pasado, como si fueran universales e intemporales” (Fernández, 2014, p. 60). Conocer los cambios del concepto nación, es central para profundizar qué pensaban los agentes históricos respecto a las colectividades emergentes, los caracteres de identificación y los proyectos de construcción sociopolítico, basándonos en sus experiencias. Por tanto, pasaremos a explicitar la cuestión concerniente al concepto de nación en el contexto neogranadino, partiendo de la investigación efectuada por el diccionario conceptual iberoamericano en su primer tomo.



## 2.4 El concepto de nación en la Nueva Granada: tiempos de cambio

El concepto nación fue desarrollando cambios, a lo largo de estos dos últimos siglos, respecto a su significación. Dicho concepto, según Fabio Wasserman (2009), al igual que el concepto de Estado, por ejemplo, tuvo una gran relevancia en el vocabulario político de los siglos XVIII y XIX, convirtiéndose en un *concepto histórico fundamental* para comprender los acontecimientos de tales periodos. En este sentido, puesto que el concepto nación se encontraba en construcción, a la par de los cambios a nivel social de la época, su utilización en el léxico de aquel momento puede ser diverso. Por un lado, el término nación, a principios del siglo XIX, hacía referencia a una persona extranjera<sup>10</sup>, mostrando las diferencias entre un territorio u otro, teniendo en cuenta donde nacía dicho sujeto. Esta acepción en el término era utilizada en Europa. En América el término tomará una significación más precisa al hacer referencia a grupos étnicos o castas, aunque lo anterior también podría aplicar en el viejo continente.

En la monarquía española convivían, bajo su jurisdicción, ‘naciones’<sup>11</sup> de otra índole como provincias, reinos americanos o peninsulares, las cuales se diferenciaban unas de otras por su densidad demográfica o social, al igual que por su desarrollo político e institucional. Hasta finales del siglo XVIII, antes de las abdicaciones de Bayona, la “nación fue entendida como poblaciones sometidas a un mismo gobierno, seguía teniendo como referente a la Monarquía” (Wasserman, 2009, p. 857). Tras la abdicación de Bayona, la autoridad del rey se verá desafiada por la falta de soberanía y el vacío de representación política, produciendo una acefalia en la Monarquía española y sus colonias en América.

La crisis desatada por la invasión napoleónica a la Península dió lugar a un acelerado proceso de resignificación conceptual de nación que, en el marco de las revoluciones liberales y de independencia que afectarían a ambas Monarquías durante las dos décadas siguientes, comenzó a cobrar una importancia decisiva en el lenguaje político al expresar la posibilidad de erigir nuevas unidades políticas. (Wasserman, 2009, p. 858)

El fenómeno aquí enunciado, al marcar un antes y un después en las relaciones entre la monarquía española y sus colonias en Iberoamérica, posibilita el surgimiento de nuevos

---

<sup>10</sup> Este tipo de significaciones se emparentan con las expuestas en los diccionarios de la época, tal como expone Fabio Wasserman (2009).

<sup>11</sup> Como indica José Carlos Chiaramonte (2004), el término de nación aquí empleado es problemático porque no es posible hablar de dicho concepto, en términos modernos, sino hasta mediados del siglo XIX, por eso se encuentra entre comillas, dadas las ambivalencias en su significado.

poderes en el campo político y la apertura en el espectro semántico a nuevas significaciones. En este contexto, vale la pena resaltar que el concepto nación delimita el poder político en el territorio, dado que, tras los acontecimientos que empiezan a ser evidentes para las distintas provincias del virreinato, se abre la posibilidad de crear nuevas y novedosas colectividades políticas, en aras de tener representación y gobernabilidad, en algunos aspectos autónoma. Lo anterior es importante porque surge cierta identificación política, diferenciada de los parámetros estatales y la figura del Rey, teniendo presente que en el territorio neogranadino había facciones políticas que apoyaban e intentaban mantener el poder de los españoles peninsulares.

Al iniciar los procesos reformistas en el siglo XIX, los neogranadinos y funcionarios españoles enviados por la Corona, utilizaban el término nación en su dimensión institucional haciendo referencia a un nombre colectivo que daba cuenta de un pueblo grande, reino o provincia. Estos, siguiendo a König (2009), están sujetos al poder de un mismo Monarca o gobierno, el cual pudiese denotar su poderío y fuerza representativa, en aras de mantener la comunión de todos los territorios bajo su jurisdicción. Las provincias en territorio neogranadino tienen así, cierta percepción de apertura en referencia a los poderes de la Corona, lo cual chocaba con la modernización que pretendían instaurar las reformas monárquicas, dado que para estos, no eran más que colonias a su disposición. Apercebirse como colonias es estar por fuera de los parámetros estatales de la monarquía, siendo solo funcional a sus intereses, más no formando parte integral de ella.

Camilo Torres, quien fue representante del Cabildo de Santafé ante la Junta Central de España, expresó en el *Memorial de Agravios*, escrito el 20 de noviembre 1809, su malestar frente a la falta de representantes americanos en la Junta Central Gubernativa en España. El reclamo que expone Torres se basa en los pocos recursos para el desarrollo económico de la Nueva Granada y la búsqueda de igualdad entre españoles europeos y americanos. Algo importante por resaltar es el hecho de que este abogado, critica fuertemente el mal gobierno Borbón, pero no habla sobre una nación americana o propiamente neogranadina<sup>12</sup>. Lo que busca este jurista es que las “Américas deban tener representación nacional; y esta duda sería tan injuriosa para ellas,

---

<sup>12</sup> Por ejemplo, al igual que Torres, los comuneros ante sus causas insurgentes no pusieron en tela de juicio la figura del rey; por el contrario, abogaban por una crítica fuerte al mal gobierno de sus funcionarios. Aún se mantenía, en cierta medida, la lealtad al monarca, pero se pretendía cambiar el modelo de gobierno que mantenía a negros, mulatos, pardos y algunas veces, hasta los propios criollos, fuera del contexto político.

como lo reputarían las provincias de España, aun las de menor condición, si se versase acerca de ellas” (Torres, 1832, p. 7).

No obstante, Camilo Torres aún continúa adscrito a los lazos monárquicos y la representación soberana del rey, pero, cuestionando el mal gobierno de la Corona y la falta de integración de los variados virreinos. Siguiendo a Torres (1832), los sujetos nacidos en América no son extranjeros de la nación española, al contrario, “Tan españoles somos, como los descendientes de Don Pelayo, y tan acreedores, por esta razón, a las distinciones, privilegios y prerrogativas del resto de la nación” (p. 9). En este sentido, se invoca el concepto institucional de la nación, al que hacíamos referencia con anterioridad, por parte de Camilo Torres.

El previo argumento busca equilibrar los representantes de la junta, como indica el abogado de Popayán, para instaurar un verdadero ‘cuerpo nacional’. Ahora bien, cuando se hace referencia a un ‘cuerpo nacional’, está señalando la unión de los distintos delegados de las juntas, intentando crear un contrapeso y legitimar los procesos políticos, que iban en contra de las directrices de la Corona frente al Virreinato de la Nueva Granada. Empero, no se habla de la identidad neogranadina o americana, sino de la unión entre los distintos delegados en un objetivo común. Se pretende la representación política para crear, un ‘cuerpo nacional’, el cual equilibre la balanza de poderes entre españoles americanos y españoles peninsulares.

Sin embargo, este ‘cuerpo nacional’ solo tiene en cuenta los delegados que estén en la línea de Torres y el poder centralista de Santa Fe. Como vimos en el primer capítulo, proyectos políticos como el de Cartagena, novedoso y enriquecedor para la época, son vilipendiados en aras de mantener el poder entre los criollos en las variadas provincias, manteniendo así sus privilegios. Esta ‘nación institucional’ responde a los intereses de las élites y terratenientes, quienes pretenden tomar partido, ante las autoridades gubernamentales españolas. Tales procesos en el contexto sociopolítico inciden directamente en la percepción que se tenía, no solamente en la soberanía y la representación política del territorio neogranadino, igualmente se verá afectada la relación de las distintas ‘naciones’ con la monarquía, generando paulatinamente una nueva concepción unitaria de la nación.

Estos cambios tuvieron su correlato en la prensa, donde el concepto de nación cobraba mayor entidad a la vez que disminuía el de reino, salvo en los escritos de los realistas contrarrevolucionarios. Pero no sólo se consideraba la nación como un sujeto dotado de

autonomía que encarnaba la voluntad general; también se la hacía depositaria de atributos morales, virtudes e interés ligados a la felicidad y la prosperidad. (Wasserman, 2009, p. 860)

Bajo las proyecciones que genera la nación, más allá de la conceptualización institucional que se hacía y que estará vigente hasta 1831<sup>13</sup>, luego del quiebre de la Gran Colombia, se abre lo que Koselleck llamó, un “*Horizonte de expectativas*” (Koselleck, 2009, p. 98), para los agentes históricos de la época, con el que proyectaban cierto porvenir. Esto, en consonancia con las independencias y los proyectos que emanan de tales procesos. Por ejemplo, “las primeras declaraciones de ‘independencia’ en las provincias después de julio de 1810, así como las constituciones de Cundinamarca o del Socorro, proclamaron un gobierno autónomo” (König, 2009, p. 910). Lo cual implicó un levantamiento de las comunidades gobernadas por el imperio español, al no tener participación política en la constitución del gobierno realista.

De esta manera, es posible denotar que la soberanía de Fernando VII, quien había recuperado el poder de la Corona, luego del exilio de Napoleón Bonaparte, generó discrepancias entre los distintos agentes de la Nueva Granada, puesto que el monarca español no representaba una figura con la cual estos se identificaran. “Mientras que la soberanía tiene por misión preservar el orden natural que hace posible la vida comunal, el gobierno se orienta hacia las necesidades diarias de los sujetos, el sostenimiento material de la vida” (Palti, 2018, p. 133). Al no tener el monarca español la fuerza representativa suficiente, perdida tras el abandono y la falta de recursos económicos para consolidar un proyecto para el progreso de la Nueva Granada, la vida comunal toma un giro en el que, las voluntades de los agentes históricos de la época intentan manifestar su malestar frente a la falta de representación, como también, la ausencia de propuestas que tomarán en cuenta dichos reclamos frente al gobierno absolutista.

Así, Camilo Torres, quien en un principio defendía las relaciones con la Monarquía, abogando por la inclusión de las colonias para instaurar cierta igualdad, propondrá luego una transformación en el sistema de gobierno, cambiando la monarquía por la república, pretendiendo formar un Estado neogranadino propio. Según König<sup>14</sup> (2009), este cambio se da

---

<sup>13</sup> Como indica Wasserman (2009) a pesar de los intentos de acentuar un legado a favor de la construcción nacional o en palabras de Elías Palti (2002), rastrear el nacimiento de la nación desde connotaciones genealógicas (fenómeno eurocéntrico), esto se considera anacrónico, puesto que dichas fundamentaciones de la nación, como ya vimos, aparecen a mediados luego de 1850 y no antes.

<sup>14</sup> Siguiendo las críticas que se han hecho al proyecto de Iberconceptos, las posturas en el capítulo nación en el contexto neogranadino, por parte de König, están estrechamente ligadas a documentos que validan la mirada oficialista y en cierta medida eurocéntrica, de la nación en Colombia. Sus fuentes, por ejemplo, José Manuel

porque, la monarquía tenía un proyecto para sus colonias, a saber, instaurar la modernización de sus territorios para que se convirtieran en un carácter funcional en sus finanzas y generaran más ingresos económicos para la Corona, lo cual implicaría una inyección monetaria a la precaria situación de dicho virreinato. No obstante, Torres ya no está pensando en la Monarquía y sus intereses. Este pone sobre la mesa la posibilidad, de un nuevo Estado que defina identidades y propuestas apartadas, en las que surja un nuevo ‘estamento nacional’, lo cual influirá en el concepto de nación y su forma de percibir las experiencias en su entorno, frente al yugo colonial.

En este sentido, no solo en territorio neogranadino, sino en varias ciudades del continente americano, se desplazan paulatinamente las autoridades y funcionarios españoles, cimentando juntas de gobierno respaldadas por la confusión en los cambios políticos. El estado de acefalia, el cual justifica “la reasunción por parte de los pueblos” (Wasserman, 2009, p. 862), opera como condición de posibilidad para que los distintos cuerpos territoriales tomaran decisiones con autonomía en aras de buscar representación, frente a la falta de soberanía. Las experiencias de los agentes históricos, dependiendo la provincia de la que hicieran parte, pondrán sobre la mesa variados proyectos sobre la conducción de la ‘nación’<sup>15</sup>. Lastimosamente, dado que las élites en función de sus representantes políticos no querían perder privilegios instaurados en la colonia, como es el caso de Popayán y sus factorías de esclavos, siendo estas de las más grandes de Hispanoamérica para aquella época, hacían la inclusión de las comunidades subalternizadas a los procesos de representación político algo imposible para el momento. De hecho, las élites criollas y, en general, quienes sacaban provecho de la explotación de los sujetos racializados, daban cuenta de lo sucedido en Haití tras su revolución, creando malestar en la sociedad colonial del momento, al considerar que iniciaría una ‘guerra de color’, por parte de los sujetos excluidos de los proyectos sociopolíticos de los españoles peninsulares y americanos. Esto influyó en la falta de oportunidades en estamentos políticos y restringió la representación política de las comunidades subalternizadas<sup>16</sup>.

---

Restrepo que, como ya se ha dicho en la primera parte de esta investigación, se avoca por una idea genealógica de la nación en la que intenta mostrar un ‘germen’ protonacional en las luchas independentistas, mitologizan el relato histórico, cerrando la puerta a las voces de los excluidos ante tal acontecimiento.

<sup>15</sup> Un ejemplo de esta situación es la tensión que surge entre Cartagena y Santa Fe, luego de 1811 y la creación de las respectivas juntas, donde los proyectos políticos eran distintivos, debido a las brechas regionales y los intereses de las élites, en aras de no perder sus privilegios en el ámbito mercantil y social. Como expone Alfonso Múnera (1998), las complicaciones geográficas y el aislamiento de algunas provincias, conduce a cierta individuación del espectro político, lo cual complica crear un pacto entre todas las juntas.

<sup>16</sup> Como indica Alfonso Múnera (1998) y Marixa Lasso (2003, 2008), las élites blancas, al tener el precedente de la revolución haitiana, miraban con temor que agentes políticos como negros, mulatos, zambos o pardos, tuviesen

Las distintas batallas, tensiones y procesos reformistas, llevarán a la consumación de la independencia de los territorios neogranadinos en el año 1819. En este año y las décadas que le preceden, se darán álgidos debates con los que se pretende delimitar a nivel institucional, la nación. Para König (2009), surgen dos puntos importantes respecto al concepto de nación y sus transformaciones, teniendo presente las experiencias y voces de los sujetos de dicha época, recogidos por la mirada oficialista de la historia nacional. Por un lado, el concepto de nación empieza a ser relacionado con una comunidad territorializada y con una política institucionalizada, siendo esta legal y económicamente unificada. En segunda instancia, Wasserman (2009) afirma que esta nueva conceptualización de la nación, luego de la independencia, está emparentada con los debates constitucionales, donde se manifiestan las distintas ideas sobre el ordenamiento social y político, que se vociferan bajo el concepto de nación.

Los lazos que emparentan a la nación están avalados por los intereses que tienen varias comunidades frente a un enemigo común, en este caso, los españoles peninsulares. Así pues, bajo la Ley Fundamental del 17 de diciembre de 1819, nace la República de La Gran Colombia. Cabe resaltar que esta nación surge bajo los intereses en su mayoría, de reformistas criollos, pertenecientes a la capitanía de Venezuela, Quito y la Nueva Granada. Sus pretensiones estaban afincadas en relaciones contractuales y pactistas en el ámbito político del momento, más no bajo una perspectiva cultural o ligada al pasado.

Por consiguiente, la nación que se pretende afianzar está íntimamente relacionada con un pacto político en el que se unen fuerzas para contrarrestar a un adversario en común. De este modo, La Gran Colombia “era una nación artificial, creada para asegurar institucionalmente los intereses libertadores comunes de Venezuela y Nueva Granada, por tanto, creada por consideraciones de necesidad y de interés recíproco” (König, 2009, p. 912). La comunidad que se produce en esta ‘alianza’, surge tras la necesidad e incertidumbre de que aparezca una insurgencia española, francesa o inglesa, intentando apoderarse de nuevo del territorio, liberado del yugo colonial.

---

cabida y representación en los estamentos institucionales, jurídicos o legislativos. La idea de una ‘guerra de color’, se proliferó en la Nueva Granada, negando espacios, ideas y bases a otros que, no fueran los blancos criollos, o quien, pudiese comprar dichos privilegios, como sucedía, por ejemplo, con la Cédula Real.

Vale la pena aclarar que la nación, aunque para este momento fue ‘generada’ de modo ‘contractual’, no aparece de la nada. Como hemos indicado, la complejidad de la nación tanto a nivel conceptual y experiencial se basa en los distintos acontecimientos que atraviesan su ‘construcción’, lo cual implica mostrar la densidad de su estudio, teniendo en cuenta los distintos procesos que subyacen a su matización. Los variados levantamientos en territorio neogranadino, como también, el nacimiento de constituciones y proyectos políticos diferenciados de la Corona, muestran el debate y escrutinio, tanto político como público, donde la idea de nación hace parte de las discusiones de los múltiples agentes históricos, respondiendo así a sus variadas conceptualizaciones, por los sujetos de la época.

En este sentido, según Wasserman (2009), la nación podría ser un constructo artificial, producto de la voluntad de sus miembros y con matices que la convierten en algo totalmente novedoso, lo cual se puede evidenciar con denominaciones como Bolivia, Colombia o Ecuador. A su vez, dicha clase dirigente, naciente del pacto que ‘fundó’ a la Gran Colombia, avalaba la nueva nación bajo fundamentos netamente políticos. Aquí, aún no se busca en el pasado o en la historia propiamente dicha, rasgos que constituyan a la nación y la hagan diferencial de otro cuerpo nacional. Existe un pacto entre tres comunidades históricas (Nueva Granada, Quito y Venezuela), liberadas estas de la dependencia colonial, la cual fundamenta la comunión de tales Estados. Al mantener diferencias territoriales, étnicas, económicas, comunicativas y culturales, ‘construir’ una nación como la Gran Colombia parecía una proyección inalcanzable, a pesar de las expectativas de Bolívar, luego de la independencia. Además, a esto se suman los intereses políticos de las variadas facciones que consolidaban este ‘pacto nacional’, con un tinte netamente contractualista.

Los diputados y congresistas entendían bien que los lazos entre dichas comunidades eran frágiles. “El ‘pueblo’, invocado tanto por los adeptos a la corona, como también, a quienes contrariaban su mal gobierno, invocan una figura puramente ficticia e incierta” (Palti, 2018, p. 170). Es decir, el ‘pueblo’, como carácter homogéneo e identificable, aún no existía. Era invocado para legitimar la idea de unicidad en los discursos y avalar el pacto institucional, pero, en realidad no era más que un proyecto que recién comenzaba a constituirse. De tal modo que, para König (2009), personajes de suma importancia en el contexto de la época, como Francisco de Paula Santander, abogaban por la figura del ciudadano y la igualdad, ofrecida como una silueta ideológica con la cual crear identidades fijas y promover la integración de los distintos cuerpos regionales.

El término ciudadano potencia el concepto nación aquí enunciado, fortaleciendo los lazos interiores y mostrar al exterior la superación de la dependencia colonial a los ojos de la península ibérica. De esta fórmula, aparece una sinonimia entre colombiano y ciudadano con la que se pretende exponer el resultado de las gestas independentistas. Es decir, la igualdad y libertad externa conseguida tras la abolición del yugo, como también, la fraternidad y la construcción de lazos internos fuertes. Pero, al crear estas nociones como herramienta para el engranaje nacional, se invisibilizan otras luchas, procesos y modos de vida que, sin voz ni voto, son replegados al olvido por parte de las comunidades letradas y las élites que legitiman su exclusión. En esta medida, el concepto de ‘ciudadano’ o de ‘pueblo’, como ya se indicó, refiere a todos los miembros de la comunidad, creando la ilusión de la unión sin dar cuenta de las grandes diferencias que subyacen a todo el territorio colombiano.

En este orden de ideas, los distintos regionalismos entre los tres estados, al igual que las pugnas políticas entre las variadas facciones políticas, llevarán a la separación de los tres estados que conformaron la nación institucional, conocida como La Gran Colombia. Así, “los pueblos de la antigua Nueva Granada, con la Ley Fundamental del 21 de noviembre de 1831, publicada en *La Gaceta de Colombia* número 559 del 4 de diciembre de 1831, se constituye en un Estado independiente” (König, 2009, p. 915). El territorio neogranadino se desprende de esta forma de Ecuador y Venezuela, formando un cuerpo nacional autónomo. La nación y su fundamentación conceptual a nivel institucional/pactista, perderá toda relevancia.

De hecho, algo importante es que luego de desvanecerse el proyecto de la Gran Colombia, hacia el año 1850, nacen las primeras conceptualizaciones genealógicas de la nación, legitimadas por la construcción de ‘historias nacionales’. Siguiendo a Palti (2018), esto se debe a que en la segunda mitad del siglo XIX, se empieza a cuestionar la idea romántica de un pueblo unificado en busca de su libertad, lo cual es percibido como algo mítico e ilusorio. Pero, a su vez, responden a la búsqueda de un legado inmanente en el pasado, con el que se pretende justificar el poderío de las élites, su incidencia en las gestas de independencia como héroes y próceres, consumando su respectivo ‘proyecto nacional’ en Iberoamérica.

Siguiendo a König (2009), algunas ‘personas lúcidas’ quisieron otorgarle un sentido a la nación, más allá de los lazos políticos. Vale la pena dejar claro que, dichas personas estaban en el poder y pretendían crear historias, memorias y símbolos con los cuales legitimar su ascenso,



sin importar los rasgos de exclusión étnica y cultural de otras comunidades. La tradición y costumbres, heredados en su totalidad de la cultura española, fueron puestos como base para distinguir a los sujetos ‘letrados’ e ‘iluministas’ que hicieron a Colombia bajo este imaginario, intentando distinguirla de otras naciones. En este orden, cabe resaltar que:

Es por ello que la historia, entendida como pasado y como relato o explicación del mismo, fue asociándose cada vez más con el concepto de nación, el cual fue asumiendo a su vez un carácter esencial y trascendente. La búsqueda de un pasado nacional comenzó a convertirse en una práctica corriente en todo el mundo iberoamericano. (Wasserman, 2009, 867 - 868)

Bajo estas ideas, se busca que la nación sea algo preexistente a sus propias premisas, lo cual como pudimos observar a lo largo del primer capítulo, genera antinomias y constantes contradicciones, al intentar dilucidar el concepto nación y sus distintas significaciones. A su vez, tras esta postura, se nacionaliza la historia con tal de avalar la tradición, costumbres y cultura de unos pueblos, sobre otros. “El trabajo de conformación de una nación (el problema de la articulación) se desprende, entonces, del ámbito político (la soberanía) y se confía a la Historia (con mayúsculas)” (Palti, 2018, p. 183). La Historia aparece como el significante, donde el discurso político rearticula sus premisas, para validar la coerción en lo referente a la nación.

En este contexto, entre 1830 y 1840, para consolidar la república de Colombia, el concepto nación era utilizado en tratados, constituciones o contratos sobre política sin una significación específica. Para aquel entonces, argumenta König (2009), se desprende de dichos textos que los conceptos nación, Estado y patria, eran usados como sinónimos, más no como sustantivos, lo cual nos muestra que la nación, era significada y referenciada por los agentes históricos de distintas formas. En este sentido, a la par de las transformaciones semánticas, la nación era un fenómeno novedoso que, al igual que la identidad ciudadana y la pertenencia a un territorio delimitado, era algo nuevo para los sujetos de la época, constituyéndose con más fuerza la unidad nacional bajo símbolos y significaciones de nueva data, como la bandera o el escudo nacional. Es por esto por lo que, en los documentos de la época y las distintivas disertaciones del momento, aparecen antinomias y ambivalencias en la significación de los conceptos, dada su recepción general, pero poco específica, por parte de los agentes históricos de la época.

Para finalizar este capítulo, el concepto nación, a lo largo del siglo XIX, se convirtió en un concepto fundamental para comprender los procesos políticos y sociales del continente americano. La organización política y la respectiva independencia nos muestran que la noción nación fue empleada de variadas formas, pero, siempre buscó un enfoque directo: delimitar los poderes de un territorio y trazar los lazos que compartían unos y otros agentes históricos, en tanto que pertenecientes a un espacio específico. Asimismo, tras el rastreo en el plano experiencial, el aspecto teórico del concepto nación toma más fuerza, puesto que nos muestra las tensiones, diferencias y problemas que referencia al concepto, al ser empleado en contextos variados, muchas veces parcializados tras intereses políticos e ideológicos.

Pensar la nación, cómo se construye y de qué forma se avalan las identidades, historias y costumbres que las componen, es una tarea compleja porque estas no vienen dadas y las experiencias de los agentes de la época estudiada, influyen en sus cambios y matizaciones. Los conceptos históricos remiten a experiencias y proyecciones semánticas que abren el panorama de reflexión, respecto a dicho fenómeno. Estudiar los procesos desde sus fuentes, sin transportar percepciones del presente al pasado, manchando las voces de su tiempo y lo que expresan en verdad, es funcional no solo para los historiadores, sino también para los filósofos, al situarse en los marcos cronológicos donde se dan las experiencias, más no generando suposiciones a partir de ellas. Reconocer las voces en toda su expresión, potencia la legitimidad de acercarse al pasado y reconstruye la mirada que tenemos del mismo, en el presente.

En el primer capítulo, como se puede observar, algunos teóricos de las ciencias sociales se aproximan al pasado, permeando las voces de aquel periodo y llevando ideas de la actualidad, al análisis, sin aperebirse de sí en verdad es un ejercicio limpio con las fuentes y si en realidad recogen, lo que querían expresar. En esta medida, la historia conceptual, con sus categorías, estás bien matizadas y utilizadas con coherencia en el plano histórico estudiado, son una herramienta útil tanto para el historiador o filósofo que quiera acercarse al pasado, sin manchar lo que allí se vocifera. La idea de retornar al pasado, no se basa en traer de aquel lo más conveniente para legitimar X o Y postura teórica. Al contrario, como en el caso del concepto nación en Colombia, las voces excluidas y racializadas, también fueron parte de ese pasado con su pensamiento, luchas, proyecciones políticas y procesos de reivindicación. No solo se trata de retornar al pasado para comprender sus voces. Se estudia el pasado para entender el presente y dar cuenta del legado colonial y eurocéntrico, en aras de reivindicar a los Otros, excluidos por la Nación, el Estado y la propia Historia.

## Capítulo 3

### La filosofía decolonial y la visibilización de los excluidos, en los procesos nacionales

#### 3.1 Introducción

En este capítulo, introduciremos algunas de las categorías y reflexiones de los integrantes de la red Modernidad/colonialidad, las cuales apuntan a visibilizar la cara oculta de la modernidad europea a la luz de las secuelas que ha dejado este proceder, en las comunidades excluidas en América Latina. Se indagará sobre el aporte de este tipo de ideas al esclarecimiento de la cuestión nacional, percibiendo las exclusiones en su construcción y cómo podemos visualizar a los oprimidos en dicho acontecer. A su vez, será plausible rastrear los patrones de poder que subyacen a la subalternización de sus miembros, debido a que la cuestión colonial es un fenómeno de larga duración y aún nos atraviesa en la actualidad.

Primeramente, para comprender la propuesta aquí expuesta, abordaremos algunos de las reflexiones y análisis que permitan entender el surgir de la red Modernidad/Colonialidad, quiénes son algunos de sus miembros, cómo han aportado a la discusión y promovido categorías/conceptos con los cuales visibilizar los lazos escondidos que hacen parte de la modernidad europea. De este modo, exponer los patrones coloniales que aún perviven en procesos educativos, políticos, económicos u ontológicos hasta nuestro presente. Así pues, reconocer la vigencia de la red y cómo se ha constituido la filosofía decolonial, a partir de los variados puntos de vista de sus participantes.

Teniendo en cuenta las apuestas de la red Modernidad/Colonialidad, pasaremos a estudiar algunos de los conceptos utilizados en su argumentación, los cuales aparecen constantemente en publicaciones, reflexiones o disertaciones públicas por parte de sus miembros más reconocidos. Se asentó y desarrolla un *corpus temático* con el cual es plausible rastrear sus apuestas metodológicas. Conceptos como *colonialidad del poder/saber/ser*, *sistema mundo - moderno/colonial*, *herida colonial*, *pensamiento de frontera*, entre otros, son acuñados por la red en aras de visibilizar los paradigmas coloniales y nos muestran la cara oculta de la modernidad. Estos serán mayormente dilucidados en este acápite del texto, pero, tendrán su referencia desde el principio de este capítulo, puesto que son inherentes a la argumentación de la red.

Por último, habiendo presentado las apuestas de la red Modernidad/Colonialidad y dejando claros algunos de sus conceptos más importantes, pasaremos a abordar la forma en que algunos de estos pensadores han investigado el problema de la nación. Asimismo, como la decolonialidad se aleja de los modelos de investigación de las ciencias sociales y la historia conceptual, puesto que esta no se remite a los documentos del pasado. Como vimos, al no existir fuentes históricas donde se pueda rastrear el proceder excluyente y opresivo por parte de las comunidades criollas, los teóricos decoloniales abordan el problema de la nación desde la opresión, dominación y exclusión de las comunidades racializadas, brindándonos otra mirada para comprender este fenómeno. Se intentan dilucidar las dificultades que trae consigo los procesos de consumación nacional, haciendo posible rastrear con algunas de sus categorías, la exclusión racial ante su construcción como también, el sesgo colonial y eurocéntrico con el cual se consolida dicho proyecto.

### **3.2 Red Modernidad/Colonialidad: desenmascarando la cara oculta de la modernidad**

Hacia el año 1998, aparece una constelación de pensadores latinoamericanos que, bebiendo de fuentes como la filosofía de la liberación, la teoría de la dependencia, la idea del sistema mundo moderno o los pensadores que critican los procesos de descolonización en el África como Franz Fanón, Aimé Cesaire, etc., realizarán investigaciones y respectivas publicaciones que pretenden mostrar los patrones coloniales heredados por el ‘descubrimiento’ del Nuevo Mundo. Estos patrones son invisibilizados por las nociones de ‘progreso’, ‘desarrollo’ y ‘civilidad’, con que han sido establecidos desde Europa los procesos que nombramos con el adjetivo de Modernidad. Esta red ha sido nombrada de muchas maneras, para algunos como Arturo Escobar (2003), se habla de un grupo argumentativo llamado *Modernidad/Colonialidad*<sup>17</sup>; para otros, como Ramón Grosfoguel y Santiago Castro-Gómez (2007), es nombrado el *giro decolonial*; o en el caso de Axel Rojas y Eduardo Restrepo (2010), lo denotarán como la *inflexión decolonial*.

En este sentido, siguiendo a Santiago Castro-Gómez (2017), “más que un ‘grupo’, quizás deberíamos hablar de una ‘red’ multidisciplinaria de investigadores (hombres y mujeres) que durante todos estos años han venido participando en los debates de lo que hoy en día se conoce como el ‘giro decolonial’” (p. 7). Siendo una red, los conocimientos no se superponen sino que,

---

<sup>17</sup> Para no confundir al lector, de aquí en más nos referiremos a la red como Modernidad/colonial o con las siglas MC. No obstante, por cuestiones de citación, en algunos casos nos referiremos a la red con el nombre designado por los investigadores del colectivo, en su momento.

al contrario, se vinculan para fructificar las reflexiones. Las apuestas de los participantes son variadas y se nutren de distintas disciplinas como la filosofía, estudios culturales, semiótica, economía política, antropología, sociología, entre otros. Así, se tejen entre todos estos conocimientos una crítica hacia la modernidad y su carácter colonial. De ahí que, la red MC es “transdisciplinaria en cuanto que las preguntas disciplinarias son insertadas en un diálogo, con aquellas de otros campos, algunas veces por el mismo autor, conduciendo a nuevas formas de preguntarse” (Escobar, 2003, p. 69).

La red MC, a partir de sus variados investigadores/as como Catherine Walsh, Walter Dignolo, Aníbal Quijano, Enrique Dussel, Nelson Maldonado-Torres o Edgardo Lander y los citados hasta ahora, buscan mostrar las dinámicas en que Europa fórmula y vende una cara amable y digna de la modernidad, teniendo como base las ideas de ‘progreso’ o ‘desarrollo’. De tal forma que, “la colonialidad inserta en cuestionamiento los orígenes espaciales y temporales de la modernidad, desatando así el potencial radical para pensar desde la diferencia y hacia la constitución de mundos locales y regionales alternativos” (Escobar, 2003, p. 59). En este contexto, se denuncia que la modernidad es un proceso que no hubiera sido posible, sin los procesos coloniales en América. Aunque los académicos europeos nos indiquen que la modernidad aparece en el Renacimiento y otros en la Ilustración, promoviendo así el desarrollo humano a partir de la idea de progreso y civilidad, para los teóricos decoloniales la modernidad surge de la Conquista de América en 1492<sup>18</sup>, dado que tras este acontecimiento comienza un patrón de explotación y exclusión racial, que legitima a partir de la dominación/subordinación de nativos y comunidades negras africanas, el progreso y desarrollo de las ‘civilizaciones’ europeas.

Además, la red MC nos posibilita comprender en que aspectos “la noción de ‘colonialidad’ vincula el proceso de colonización de las Américas y la constitución de las economías-mundo capitalista como parte de un mismo proceso histórico iniciado en el siglo XVI” (Grosfoguel y Castro-Gómez, 2007, p. 19). La colonialidad (diferente del colonialismo, como mostraremos en el apartado siguiente), responde a la dominación y subalternización de algunas comunidades humanas por parte de Europa, la cual se manifiesta como centro del poder y el conocimiento.

---

<sup>18</sup> Para algunos teóricos decoloniales como Enrique Dussel, este fenómeno se conoce como la primera modernidad, donde, como se indicó, la explotación de comunidades nativas o traídas del continente africano sirven para el extractivismo de minerales como el oro o la plata, con los cuales Europa se cimentó como centro del mundo, debido a sus procesos de conquista y destrucción de la vida.

Cabe resaltar que, no todos los procesos coloniales y europeos remiten a la explotación o dominación. Existió un encuentro entre dos culturas que se nutrieron una a la otra, bien sea en el ámbito cultural, académico o social, donde nace el *pensamiento de frontera*, el cual vincula saberes del centro y la periferia. No obstante, el poderío económico adquirido por la dominación y la influencia religiosa arraigada durante el periodo colonial americano superpone a las monarquías española, inglesa y portuguesa en una situación de privilegio frente a las comunidades racializadas.

En este orden de ideas, la red MC intenta “cuestionar los criterios epistémicos de producción del conocimiento académico articulados al eurocentrismo y a la modernidad” (Rojas y Restrepo, 2010, p. 20), en aras de abrirle las puertas a ideas, reflexiones y preguntas que estén fuera del entramado eurocentrista y canónico, con el que se imparte el saber, se construye el ser y se impone el poder, estableciendo como centro a occidente. De ahí que, “este proyecto se refiere a la rearticulación de los designios globales por y desde historias locales; con la articulación entre conocimiento subalterno y hegemónico desde la perspectiva de lo subalterno” (Escobar, 2003, p. 67), donde percepciones otras tengan el reconocimiento que merecen. Esto posibilita mostrar que, además de los paradigmas europeos u anglosajonas, hay otras formas de conocer y aprehender el mundo.

Teniendo presente la crítica a los lazos coloniales, inherentes a los procesos de modernización europea y su globalización, se puede afirmar que la red MC también pretende romper con la idea de la universalización del saber europeo, como un supuesto conocimiento sin el cual, la construcción de culturas y sociedades civilizadas no sería posible. Siendo un paradigma que seguir, las comunidades de la periferia que no copien esas pautas no pueden aspirar a procesos de civilidad, mejoría social, desarrollo cognitivo, entre otros. De ahí que, “este énfasis analítico en el sistema mundializado de poder es lo que constituye la perspectiva geopolítica de la inflexión decolonial pues, dado que no existe modernidad sin colonialidad, es necesario pensar en términos de sistema mundo moderno/colonial” (Rojas y Restrepo, 2010, p. 19). Los miembros de la red MC procuran mostrar cómo el canon europeo a nivel epistemológico, cultural, social, académico y político crea un marco de referencia global y universalizante, en el que se superpone así misma como centro. Se repliega desde la idea de Modernidad, un modelo a seguir por el resto de comunidades humanas, estas ‘inferiores’ y sin capacidad de acción, al ser etiquetadas de forma despectiva por su color de piel, costumbres o tradiciones. Así, se configura una “*actitud colonial* frente al conocimiento, que se articula de forma

simultánea con el proceso de las relaciones centro periferia y las jerarquías étnico/raciales” (Grosfoguel y Castro-Gómez, p. 20).

Al ser vilipendiados y arrastrados al olvido conocimientos, saberes, enseñanzas e historias que no hacen parte del centro, es decir, de los caracteres analíticos y académicos promovidos por Europa y en general por occidente, las tradiciones, desarrollos culturales y procesos de los dominados en la periferia son encasillados en parámetros obtusos y poco significantes. Siendo etiquetados como ‘atrasados’ y ‘bárbaros’, se restringe la capacidad de acción de los sujetos racializados, al no lograr aportar a los procesos de vida y cambio, dentro de sus comunidades, como fuera de ellas. La red MC no pretende exclusivamente mostrar el lado colonial de la modernidad. También se acerca tras sus críticas a las mujeres, niños, negros, indígenas o mestizos que han sufrido la experiencia de la exclusión y el sesgo por parte de los blancos europeos/anglosajones, quienes no llevan consigo la *herida colonial*, constitutiva de los sujetos subalternizados. En este sentido, vale la pena resaltar lo siguiente:

Es necesario decir que el grupo modernidad/colonialidad no se especializa solo en publicar libros dirigidos a expertos, sino que participa también en varios proyectos académicos-políticos. Algunos de sus miembros se encuentran vinculados con el movimiento indígena en Bolivia y Ecuador, y otros enraízan actividades en el marco del Foro Social mundial. (Grosfoguel y Castro-Gómez, 2007, p. 12)

Aunque la red MC “ha ido construyendo un vocabulario compartido, ha definido una serie de problemáticas y agendas de trabajo” (Rojas y Restrepo, 2010, p. 31), esta no se dirige a un contexto academicista desconectado de la realidad y en el que exclusivamente, los referentes de la red sean sus participantes. Al contrario, intentando no reproducir lo que se pretende criticar, las voces locales, los procesos subalternos y que convocan a los dominados/racializados de todo el globo, son participantes activos de los procesos de la red MC, puesto que “al ocupar el *locus* de enunciación labrado por el proyecto MC, uno no necesita ser latinoamericano ni vivir en el continente” (Escobar, 2003, p. 69), para comprender los patrones de poder coloniales y su incidencia en los procesos de modernización europeo. En otras palabras, la mayoría del mundo al estar atravesada por un patrón de poder colonial instaurado por Europa, como en el caso africano, por ejemplo, está en capacidad de expresar su sentimiento y aversión frente al proyecto ‘civilizatorio europeo’, mostrando la cara fatídica

de dicho proyecto y en qué medida afecta las costumbres, procesos académicos y los modos de vida de los sujetos atravesados por la *herida colonial*<sup>19</sup>.

Pero, siguiendo a Silva Rivera Cusicanqui (2010), se han generado críticas a algunos participantes de la red frente a este asunto. Para esta pensadora, algunos de estos académicos se acercan a las comunidades indígenas o afro, sin tener en cuenta las voces locales, al llevar sus críticas y traducirlas en publicaciones, replegándolas a un espectro academicista y alfabetizado en las universidades del ‘primer mundo’. Se genera así un *extractivismo epistémico* donde las experiencias/voces y reflexiones de las comunidades oprimidas, son expuestas por investigadores que no dan crédito a sus fuentes, haciendo pasar por novedoso y singular, cuestionamientos e ideas, que nacen de las reflexiones las comunidades subalternizadas.

Dejando claro lo anterior, la propuesta de la red MC y sus críticas a la modernidad, nos muestran los lazos coloniales que son adyacentes a los acontecimientos históricos, que superponen a Europa como centro y un modelo a seguir. En este orden, a diferencia del marxismo clásico, quien a pesar de su acertado cuestionamiento al capitalismo “se lo considera atrapado en el eurocentrismo al hacer énfasis en la clase social como categoría analítica, extrapolando y universalizando una experiencia histórica europea al resto del mundo” (Rojas y Restrepo, 2010, p.29). Aunque teorías de este tipo sean críticas con la modernidad, olvidan los acontecimientos coloniales del siglo XVI, cómo han configurado los patrones de poder a nivel racial, sexual y de género, y en qué aspectos según la red MC, siguen influyendo en la forma en que percibimos y construimos el mundo actualmente.

De este modo, la red MC deja expuesto lo necesario de “considerar seriamente la fuerza epistemológica de las historias locales y de pensar teoría desde la praxis política de los grupos subalternos” (Escobar, 2003, p. 61), otorgándoles voz y representación a los dominados frente a las instituciones, visibilizando sus luchas y generando un marco de apertura para quienes subsisten en la periferia. Según Axel Rojas y Eduardo Restrepo (2010), la red MC establece un grupo de categorías para comprender el fenómeno colonial y sus incidencias en la vida de las

---

<sup>19</sup> Este es el caso de las luchas descoloniales en el África, los movimientos subalternos en la India o las teorías poscoloniales, las cuales responden a la denuncia colonial, poniendo en tensión los patrones de poder coloniales. Cabe resaltar que, este tipo de teorías se alejan de la decolonialidad, puesto que su *locus de enunciación* responde a otras latitudes. No obstante, dichas críticas, se dirigen directamente a los regímenes coloniales de finales del siglo XIX y principios del XX.



comunidades americanas en los últimos 20 años, por un colectivo de académicos, quienes han instaurado tales conceptos en sus disertaciones políticas, sociales, filosóficas, culturales, etc.

Ahora bien, hay que tener en cuenta que la variedad de autores de este proyecto ha reformulado o criticado algunos de estos postulados, sin dejar de lado su importancia para mostrar los lazos de la colonialidad que subyacen a la modernidad, al observar que sin la explotación, dominación y exclusión de los sujetos racializados, Europa no hubiese alcanzado tasas de progresión en todos los niveles, como es posible percibir desde el siglo XVI en adelante. Pasaremos a exponer cuáles son los conceptos más importantes para el desarrollo de la propuesta en la red MC. A su vez, que aportes generan en lo concerniente a las críticas frente al eurocentrismo en la academia, la sociedad y la construcción de la nación.

### **3.3 Acercamiento a los conceptos clave para la filosofía decolonial**

La red MC ha creado un vocabulario compartido en el que se puede identificar su propuesta crítica, la cual apunta sus reflexiones a la modernidad europea, a partir de los procesos de la colonialidad, instaurados desde la Conquista de América a finales del siglo XV. Para Aníbal Quijano, creador del concepto ‘colonialidad’, adhiriendo a este la noción de poder<sup>20</sup>, define esta categoría como un patrón de poder el cual genera “una clasificación de la población mundial sobre la idea de *raza*, una construcción mental que expresa la experiencia básica de la dominación colonial y que desde entonces permea las dimensiones más importantes del poder del mundo” (Quijano, 2000, p. 201). Es decir, la colonialidad es un patrón de poder que atraviesa los modos de vida, procesos sociales, culturales y del saber de los sujetos colonizados y que, tras la dominación y racismo que se dio por más de 500 años, debido al ‘descubrimiento’ del Nuevo Mundo, continua hasta nuestros días.

Dejando claro lo anterior, es menester tener presente que el colonialismo a diferencia de la colonialidad refiere “al proceso y los aparatos de dominio político y militar que se despliegan para garantizar la explotación del trabajo y las riquezas de las colonias en beneficio del colonizador” (Rojas y Restrepo, 2010, p. 15). La diferencia entre ambos procesos es que, aunque el colonialismo es un fenómeno antiguo que pretende extraer los insumos más

---

<sup>20</sup> Este concepto es utilizado por todos los referentes de la red MC, como también, por los estudiosos de la teoría decolonial no pertenecientes a la red. En este sentido, aunque el concepto de colonialidad tiene algunas variaciones en su formulación, por algunos de estos autores, como por ejemplo Santiago Castro-Gómez (2017) en el texto *el Tonto y los Canallas*, la mayoría de la red avala esta significación del concepto.

importantes de la comunidad conquistada y la explotación/comercio de sus miembros, la colonialidad adiciona a estas características un patrón de poder que se genera a partir de la idea de raza, atravesando los modos de vida de los colonizados, como también, legitima el imaginario de inferioridad como un aspecto genético/biológico, el cual conduce a la barbarie y falta de raciocinio a los sujetos no-blancos.

Siguiendo lo anterior, para Quijano (2014), “la dominación colonial ha producido en todas partes identidades codificadas como ‘étnicas’, originadas en la imposición de unos grupos sobre otros y en la distribución de poder entre ellos” (p. 758). El gravamen de unas comunidades que se consideran superiores por encima de otras por aparatos cognitivos, políticos, culturales o raciales, implica que la colonialidad es un fenómeno que supera al colonialismo, al atravesar los modos de vida en toda índole de los seres subalternizados. Cabe resaltar que, se puede dar colonialismo sin colonialidad, rastreo que es posible en los procesos de Conquista antes del siglo XV en Europa y Asia, al dejar intactas las tradiciones, costumbres y culturas de las comunidades que habitaban en tales territorios. Asimismo, la colonialidad se puede dar sin colonialismo. La colonialidad es un *patrón de larga duración* que ha incidido en todos los modos de vida de las comunidades subalternizadas. Es por esto que, hasta el día de hoy, se sigue manteniendo la percepción de que los europeos son superiores a los seres humanos de otras latitudes y que, sin sus conocimientos y enseñanzas, no es posible alcanzar el progreso y la ‘mayoría de edad’ en términos kantianos.

Al analizar la idea de colonialidad, como la propone Quijano, está ligada a la modernidad como su cara oculta, pero haciendo parte de la misma moneda, es plausible observar que Europa y sus desarrollos a nivel social, económico y cultural, se tornan posibles por la explotación de la periferia, la destrucción de su cultura/naturaleza y su minimización como seres humanos. La implementación de ideas de inferioridad a partir de la raza, al ser entendido como un concepto que se construye desde el siglo XVI, para denotar la superioridad europea desde la pigmentación blanca, agregando a esto la idea de que su capacidad cognitiva, cultural y social, es mucho más avanzada que la establecida por los nativos americanos, comunidades africanas o asiáticas. La clasificación racial, es una herramienta que fundamentara los patrones de poder a nivel colonial, por parte de los blancos europeos. Esto infiere notoriamente en la modernidad europea, al considerarse así mismos la cuna del saber y el desarrollo. Ahora bien, la idea de modernidad expuesta por Walter Mignolo (2009), es importante porque:

Al ubicar la emergencia de la modernidad hacia finales del siglo XV con el ‘descubrimiento’ europeo de un ‘Nuevo Mundo’, Dussel pone el acento en el periodo moderno temprano/colonial cuando Europa se mueve desde una situación periférica en relación con el Islam, hacia una posición central en relación con la constitución del Imperio Español, la expulsión de los Moros y el éxito de la expansión transatlántica. (p. 170)

En este orden de ideas y como también expone Ramón Grosfoguel (2013), los procesos en Andalucía, la expulsión de los musulmanes del sultanato de Granada y el genocidio que esto trajo consigo en aquel territorio, son precedentes para la Conquista en América y los métodos utilizados con sus poblaciones nativas. Europa pasa de una situación de inferioridad frente a los musulmanes, a ‘ser superiores’ tras el respectivo ‘descubrimiento’ y su asunción como centro del mundo, debido al poder conseguido por la usurpación de las tierras en América. Empero, el concepto de modernidad responde al hecho de que Europa, expandiéndose a lo largo del globo, se irá consumando como centro del saber y el poder, debido a dichos acontecimientos, lo cual reconfigura la distribución del poder en el mundo, naciendo así los límites entre el *centro y periferia*. Cabe resaltar que, “la racionalidad/modernidad eurocéntrica se establece, por eso, negando a los pueblos colonizados todo lugar y todo papel que no sean el de sometimiento, en la producción y desarrollo de la racionalidad” (Quijano, 2014, p. 766).

Así pues, aparece el *eurocentrismo* convertido en condición necesaria para las transformaciones sociales, culturales y académicas de los sujetos de la periferia. Europa al ser el centro del poder y el conocimiento, es quien tiene las herramientas para el progreso y el desarrollo de la civilización. Las historias y procesos humanos deben seguir las enseñanzas y narrativas occidentales, al ser quienes detentan el poder y la razón. La racionalidad de los blancos, su educación y civilidad, considerada un modelo a seguir, justifica la barbarie frente a los nativos americanos o esclavos africanos, pues al considerarse superiores en la escala biológico-genética/cultural, lo cual les otorga superioridad cognitiva, poseen las herramientas para subyugar a los más débiles o que han sido debilitados, por el patrón colonial. De ahí que, “el todo negativo del orden y racionalidad es visto de varias maneras, desde la dominación y el desencantamiento como efecto de la secularización, hasta la predominancia de la razón instrumental para la normalización y la disciplinación de poblaciones” (Escobar, 2003, p. 56).

Teniendo en cuenta que la colonialidad del poder, es la otra cara de la moneda en lo referente a la modernidad y el eurocentrismo, funciona como catalizador de procesos que pretenden

abarcar a toda la población, de forma homogénea y sin tener en cuenta la alteridad de las comunidades oprimidas. En ese sentido, aparece una categoría que engloba dichos procesos y es la categoría de *sistema mundo moderno/colonial*. Pero, para hablar sobre este concepto, primero se abordará la noción *sistema mundo moderno*, el cual aparece primero que la colonialidad y refiere sus disertaciones directamente al espectro económico. Como señala Axel Rojas y Eduardo Restrepo (2010), para Wallerstein quien acuñó el concepto sistema mundo moderno, este refiere a la expansión del mercado que surge a partir del siglo XVI, tras la apertura global de Europa al resto de poblaciones, generando nuevos marcos de exportación e importación, al igual que un nuevo centro del poder tras las ganancias económicas que generaba la expansión colonial europea.

Para Wallerstein, el sistema-mundo moderno opera bajo parámetros netamente mercantiles, siendo condescendiente con las teorías marxistas críticas del capital. Bajo estos parámetros, aún no aparece la idea de la colonialidad. Según Mignolo, este análisis no es suficiente, puesto que no muestra los patrones raciales que subyacen a la colonialidad y, en esa medida, a la consumación del capital debido a la explotación/comercio de esclavos y la naturaleza, para extraer minerales, contribuyendo a la expansión económica europea y su poderío en el planeta. Siguiendo las disertaciones de Quijano, Walter Mignolo adherirá al concepto de sistema mundo moderno el concepto de colonialidad, dado que poner en primer plano la colonialidad ante tal fenómeno “transforma la noción misma de modernidad. Mientras que en Wallerstein opera como adjetivo que indica contemporaneidad o sistema-mundo más reciente, en Mignolo y otros autores asociados a la inflexión decolonial opera como el lado visible de la colonialidad” (Rojas y Restrepo, 2010, p. 79). Ante esta adición conceptual, es posible captar la forma en que se ha construido un sistema que utiliza la idea de raza, denotando la explotación del trabajo a la cual es conducida la población subalternizada y en qué aspectos esto ha influido en la acumulación de capital por parte de las ‘potencias’ europeas, condicionando los marcos globales de la economía y todas las deficiencias que trae consigo.

Los procesos coloniales que atraviesan a los sujetos racializados, como los patrones globales que los abarcan, son inherentes al sistema que se ha construido, teniendo imbricaciones a nivel subjetivo y objetivo para los condenados de la tierra. La colonialidad se manifiesta no solo en el poder, también en el saber y el ser. “El patrón de poder fundado en la colonialidad implicaba también un patrón cognitivo, una nueva perspectiva de conocimiento dentro de la cual lo no-europeo era el pasado y de ese modo inferior, siempre primitivo” (Quijano, 2000, p. 221). Los

procesos de conquista y la respectiva época colonial condujeron al olvido saberes, escritos, costumbres y tradiciones de los dominados en la periferia. Al construir el imaginario de ‘bárbaros/atrasados’, los europeos tuvieron una mayor facilidad de apropiación ante las comunidades indígenas y negras en referencia a su cultura y conocimiento, renombrándolos como descubrimientos de su autoría y, en esa medida, quitándole todo el crédito a los nativos americanos y esclavos africanos.

Asimismo, la colonialidad europea, además de los patrones de poder a nivel racial de los que ya hemos hablado, al igual que los procesos de inferioridad cognitiva en los que se encasilla a los subalternizados, minimizando su capacidad de conocimiento, aprehensión y desarrollo, genera una construcción ontológica con la cual las identidades de los colonizados no pueden ser consumadas, si no es con el molde de ‘humanidad’ europeo, deshumanizando otras formas de devenir en el mundo. Para Nelson Maldonado-Torres (2007), el condenado, quien experimenta la vida desde los parámetros de la *diferencia colonial*, se ha construido a nivel ontológico desde la subyugación, el olvido, la falta de reconocimiento y la negación de su propia realidad. De tal suerte que, se ve relegado a la zona del no-ser, de los vilipendiados por un sistema colonial que solo reconoce en la zona del ser a los blancos, intelectuales y letrados de este color y que, según el canon eurocéntrico/colonial/moderno, carga con las riendas de la civilización, conduciendo a mejor puerto la realidad y los procesos humanos.

Lastimosamente, la colonialidad sigue vigente bajo los modelos de explotación de la naturaleza, exclusión racial, minimización cultural y apropiación académica por parte de los dominadores ante los dominados. Esto implica que los patrones de poder colonial sigan vigentes y sus bases machistas, opresivas y poco comprensivas de la alteridad muten y se afiancen al contexto, haciendo de la colonialidad un fenómeno que nos atraviesa en la actualidad. A su vez, como se ha visto a lo largo de esta investigación, los proyectos nacionales en Hispanoamérica han negado la participación y representación de las voces racializadas. Los criollos al apropiarse del acervo cultural legado por Europa se superponen a los dominados, obliterando todo tipo de alteridad en aras de consumir su proyecto nacional, luego de los procesos de independencia.

Por consiguiente, pasaremos a revisar algunas reflexiones de los teóricos/as decoloniales, con referencia a la nación. Así, exponer como estos pensadores/as, a pesar de la independencia, afirman que la colonialidad continua en el proyecto nacional, dado que la exclusión, el racismo

y la desigualdad, aún siguen vigentes entre las variadas comunidades que componen la nación, limitando su capacidad de acción y representación en el espectro sociopolítico. Cabe resaltar que, algunas de estas posturas han sido criticadas porque si bien posibilitan percibir la exclusión de algunas comunidades, no se ven respaldadas por datos históricos concretos con los cuales sustentar algunas de sus afirmaciones. Parece como si algunas veces las críticas del presente fuesen superpuestas al pasado. No obstante, esto no les quita valor a sus posturas frente a los procesos coloniales y siguiendo las ideas de Francisco Ortega (2021), teniendo presente dichas limitaciones, estas críticas pueden responder a la vía onomasiológica de la investigación ante lo que no estaba significado aun en conceptos, pero si es plausible observar en la realidad de los agentes históricos de la época.

### **3.4 Reflexiones decoloniales acerca de la nación**

Bajo el manto de unicidad y complejidad en la nación, paulatinamente se va creando el imaginario de una identidad conjunta, con la que es plausible proyectar dicha identidad nacional. Sin embargo, este imaginario no es inocente, porque tras él se esconde “la operación entrelazada de diferencia y poder como constitutivos de este imaginario y de la nación misma” (Walsh, 2006, p. 30). Al imaginar de forma romántica una comunidad unida y sin fisuras, se abstraen los poderes que enajenan a los sujetos colonizados, sin que estos puedan participar política o institucionalmente de los procesos de Estado, privándolos en completud de la elección/representación en lo que concierne a la ‘construcción nacional’.

Para Catherine Walsh (2006), las construcciones nacionales y regionales en la América andina, se han dado a la espalda de los pueblos afrodescendientes o indígenas, suprimiendo su voz de dichos procesos, sin significar sus aportes a las causas revolucionarias del siglo XIX. De ahí que Walter Mignolo (2015), afirme lo siguiente:

Las independencias de las excolonias ibéricas y la formación de Estados-nación poscoloniales mantenían intacta la colonialidad en la que se fundó la revolución colonial (como lo hizo Estados Unidos) pero además — y a diferencia de Estados Unidos — inauguraron la continuidad imperial mediante imperios sin colonias” (p.335).

En apariencia, se podría pensar que, al crear una colectividad uniforme y homogénea, se superarían los procesos de dominación de las comunidades racializadas en el proyecto nacional.

Pero, al no ser abolida la colonialidad, siguen vigentes procesos de subalternización en la nación, así se halla abolido el yugo colonial europeo. No solo se construye una ‘identidad nacional’, bajo las premisas de igualdad y la fraternidad de los ‘pueblos’. También, se invisibilizan los agentes históricos oprimidos, quienes fueron parte de dichos acontecimientos siendo actores fundamentales. “La historia muestra que una condición para que genuinos procesos de nacionalización-democratización fueran exitosos en las sociedades y en sus Estados, hasta aquí ha sido una gran homogeneidad ‘racial’” (Quijano, 2014, p. 619).

Como hemos visto a lo largo de esta investigación, los procesos de ‘construcción nacional’ a mediados del siglo XIX, se ven atravesados por la teoría genealógica, con la que se intenta recrear la unión de todas las comunidades. Se acude al pasado para validar la unión comunal, donde eventualmente toda diferencia será abolida por el bien mayor, el cual es la homogeneidad e identidad nacional. Esta idea, en esencia, es de carácter eurocéntrico y colonial porque parte del argumento de que todos los individuos dejan sus diferencias en aras del porvenir, lo cual termina mitologizando la historia y, no muestra las variadas diferencias entre los movimientos políticos y sus representantes. Aparece aquí un *colonialismo epistémico* que pretende validar, desde nociones establecidas en Europa por parte de algunos teóricos de la nación, la percepción de que sus modelos y categorías son las correctas para comprender un fenómeno tan complejo y disímil, como fue la invención de la nación en territorio hispanoamericano.

No se puede ignorar, como ya hemos visto en capítulos anteriores, la participación de la gran mayoría de los agentes políticos de la región, sin importar su etnia, costumbres o tradiciones, siendo esencial para los movimientos de independencia. Quienes detentan el poder y se consideran los verdaderos representantes del cambio, es decir las élites criollas, son privilegiados con la conducción del proyecto nacional, mientras los sujetos racializados son enajenados del *horizonte de expectativas*, suprimiendo su capacidad de acción. Los criollos al ser letrados y con bastante poderío económico, tenían la oportunidad de visibilizar sus voces y perspectivas en todo campo a través de periódicos, libelos, pasquines o constituciones. Consideradas como fuentes principales por los historiadores, algunas veces ponen en un segundo plano a otros actores históricos, al no ser referidos en ese tipo de documentación.

Siguiendo lo anterior, Manuel Chust e Ivana Frasset (2009), nos expresan que “una línea de interpretación dominante (en el ámbito histórico y de la historiografía) sigue atribuyendo el papel motor y rector de los procesos insurgentes al criollismo dejando en mero papel anecdótico

o secundario a las comunidades indias y la población mulata y mestiza” (p. 13). De hecho, las comunidades racializadas no son solo abstraídas de los procesos de construcción nacional, sino también, de la participación en las gestas de Independencia en las cuales tuvieron incidencia, más allá de ser nombradas constantemente como ‘carne de cañón’. Según Mignolo (2015), las rebeliones del siglo XVIII, como pueden ser la de los Comuneros en 1781, constituyen las primeras críticas al gobierno de la Corona, la falta de atención por parte del rey en las colonias y cómo los sujetos dominados, intentan alzar su voz para denotar su falta de participación, siendo relegados de los procesos sociopolíticos en el Virreinato de la Nueva Granada. Dichas agitaciones, dirigidas contra el mal gobierno por comunidades pardas y negras en el Pacífico, son junto a las rebeliones de Tupac Amaru en el Perú, movimientos que vislumbran antes de las independencias, el malestar de algunos miembros de las comunidades coloniales frente al yugo y la falta de recursos para mejorar su situación.

Muchos de estos movimientos insurgentes pasan a un segundo plano por los relatos nacionalistas decimonónicos y, a su vez, por aquellos discursos que avalan la idea de una élite que recrea bajo su imagen y semejanza, como sujetos privilegiados por la historia para ‘conducir’ la comunidad, la percepción de que la nación aparece de la nada, sin algún fundamento más allá de la creación exógena de unos cuantos criollos en el poder. Por ejemplo, muchas historias nacionales del siglo XIX, como es el caso de la *Historia* de José Manuel Restrepo para Colombia, refuerzan la percepción de un pueblo ya consumado y con identidad propia, el cual buscaba la liberación de los españoles peninsulares, dejando a un lado todo tipo de diferencias. Este tipo de historia nacional exalta la idea de “grandes hombres heroicos, blancos y criollos, de buenos patriotas y malos realistas, en un contexto exclusivamente nacional, omitiendo no sólo un espacio más amplio americano sino cualquier relación con la interconexión universal del proceso insurgente” (Chust y Frasquet, 2009, p. 14).

Este tipo de conclusiones en el ámbito histórico, han preconizado a los criollos como los libertadores de las gestas de independencia, quienes tras la victoria, debido a su acervo cultural y consecución política, eran la comunidad predilecta para conducir por el camino del progreso y el desarrollo la nación. En esta medida, se alzaron monumentos, crearon relatos e instauraron fechas en el calendario para conmemorar las gestas de independencia y la consumación de un ‘proyecto nacional’ que, desde el principio y en el transcurso del tiempo, se iba blanqueando en aras de consolidar una mirada hegemónica que exaltara a las élites criollas, por encima de las comunidades racializadas. Estas, excluidas de los procesos históricos, viendo relegada su



participación en dicho proyecto, no tienen ni voz ni voto en el ámbito sociopolítico e institucional.

Los grupos de criollos que hicieron parte de la independencia y se consideraban elegidos para la conducción de la nación, heredan la cultura y tradiciones coloniales que ostentaban los peninsulares europeos, lo cual implica la imposición de sus intereses por encima de todos los demás sectores, es decir, indios, negros, mulatos, etc. “La mirada eurocentrista de la realidad social de América Latina, llevó a los intentos de construir ‘Estado-nación’ según la experiencia europea, como homogeneización ‘étnica’ o cultural de una población encerrada en las fronteras de un Estado” (Quijano, 2014, p. 769). Aunque este fenómeno de homogeneidad étnica y cultural, como ya se ha indicado, inicio hacia el año 1850, visibiliza la falta de percepción ante la alteridad de las comunidades que constituyen a toda la nación.

Podría decirse que al recrear el imaginario de una comunidad unida y sin grietas, dadas las proyecciones nacionales de los sujetos privilegiados con el poder, se remite a la noción genealógica de la nación que, concatenada con el relato histórico nacionalista como eje articulador de dicho imaginario, excluye en su totalidad a los agentes históricos que aportaron a la emancipación. Así, a la par de esta mirada genealógica también se da cita la cuestión antigenealógica donde nacen símbolos, emblemas y festividades que enaltecen las gestas de independencia y la construcción nacional, bajo la percepción de libertad e igualdad, pero que no necesariamente valoran a quienes más allá de criollos, hicieron parte de dichos acontecimientos. De esta forma, “las comunidades de nacimiento comienzan a ser conceptualizadas como comunidades nacionales” (Mignolo, 2015, p. 343), manteniendo la inferioridad racial/cultural/cognitiva tras la supuesta unidad, que recrea lo nacional ante sus símbolos, historia e identificación territorial.

Cabe resaltar que, en los procesos de independencia y la posterior nacionalización de los territorios hispanoamericanos, es evidente la *diferencia colonial* entre los blancos, agraciados por las historias nacionales y la comunidad que pretenden imaginar, manteniendo al margen del proceso a los sujetos subalternizados. En este orden de ideas, Catherine Walsh (2006) afirma lo siguiente:

A pesar de su presencia significativa, los pueblos afrodescendientes han permanecido afuera de las construcciones e imaginarios tanto de lo andino como de la nación; sus historias y

pensamiento negados y silenciados con relación a las culturas criollas y blanco-mestizos y al proyecto de la modernidad. (p. 37)

Al igual que la colonialidad, la nación esconde tras de sí una cara oculta, la opresión y segregación de las comunidades racializadas, quienes a lo largo de la historia hispanoamericana han sido relegados, sin ser reconocidos por las narrativas históricas ‘tradicionales’. “Lo que encontramos en la historia conocida es, desde luego, que esa homogeneización consiste en la formación de un espacio común de identidad y de sentido para un espacio de dominación” (Quijano, 2000, p. 238). Empero, la colonialidad del poder, ser y saber se manifiestan en la consumación de este proyecto nacional, dado que las élites criollas construyen sus discursos para preconizarse como los promotores de la razón y políticas equitativas, sin tener en la retícula que quienes no tuviesen su color de piel o capacidad económica, no podían gozar de los derechos que ellos sí ostentaban, porque aunque hicieran parte del territorio y se identificaran como colombianos, no eran integrados en los procesos de Estado y las instituciones que lo componen. Se convierten en marginados dentro de su nación. Asimismo, la ‘cuestión nacional’ proyecta una identidad unívoca y general que, como pudimos observar en el segundo capítulo, fortalece la noción de ciudadano, intentando moldear la homogeneidad identitaria y validar la unión de un pueblo que más allá del color de piel, costumbres y tradiciones, superpone la identidad nacional y su cultura.

Ahora bien, que la nación sea caracterizada como un proyecto acabado y esto sea avalado por algunas investigaciones históricas, se concatena con la invisibilización de las comunidades oprimidas en los procesos coloniales, tanto en la independencia como la ‘construcción nacional’. El trabajo de cohesión referente a la nación y sus miembros se confía a la configuración de identidades que sigan lineamientos nacionales; costumbres que mantengan las ideas de ‘civilidad’ y tradición europeos, al ser parte del entramado cultural que permite el desarrollo de la comunidad nacional. Tales narrativas, se convierten en parte del constructo de los dominadores, distanciándose a los dominados aunque estos hagan parte del territorio. Las tradiciones y procesos de los sujetos racializados hacen parte del exotismo y folclore, con que son encasilladas sus costumbres, cultura y saberes.

La creación de símbolos que antes de la ‘construcción nacional’ no existían, se compaginan con los relatos de la Historia, en aras de establecer un hilo conductor que conecte con el pasado, revelando la supuesta causalidad que conduce a la creación de la nación y con el que todos sus

participantes, tengan algo en común. De tal manera que, “si un Estado-nación moderno puede expresarse en sus miembros como una identidad, no es solamente debido a que puede ser imaginado como una comunidad. Los miembros precisan tener en común algo real, no solo imaginado, algo que compartir” (Quijano, 2000, p. 226 - 227). La Historia se convierte en el elemento general con el cual se va referenciando el pasado y genera cierta unión, frente a las distintas comunidades que constituyen la nación, al cimentar un relato que exalta el valor patriótico y llama al abandono de las diferencias. No obstante, mientras la mirada hegemónica colonial prevalece, la exclusión racial continua y sigue siendo legitimada por quienes detentan el poder.

El proyecto nacional surge del legado eurocéntrico/colonial, donde se acentúan ideas de fraternidad, igualdad y civilidad, cuando en realidad se esconde un patrón de poder emergente de los sesgos raciales de las élites blancas y sus privilegios. Esto implica que, “la población de descendientes de españoles (‘criollos’ o ‘mestizos’) que se consideraban a sí mismos como ‘nativos’, pero se diferenciaban claramente de la población ‘indígena’” (Mignolo, 2015, p. 352) conduzcan a la marginalización de los procesos revolucionarios a las comunidades oprimidas, puesto que al percibirse como los legítimos herederos del paso europeo por América, los criollos se considerarán elegidos por su tiempo y circunstancias, llevando consigo la batuta del progreso y el desarrollo, ‘conduciendo al porvenir’ a todos los sujetos que hacen parte de la nación. Las comunidades oprimidas pueden ser percibidas como una herramienta para el proceso de independencia, más no como referentes en los acontecimientos de liberación colonial.

En este sentido, podemos afirmar que los amerindios y negros, al ser desposeídos y marginalizados dentro de su propio territorio, buscan romper las cadenas del paradigma colonial que los atraviesa en sus procesos de vida, la forma en que se perciben en el terreno político/institucional, al igual que el papel que llegan a jugar en el contexto sociopolítico. Al continuar la inferiorización luego de la independencia, sus aportes y luchas en la emancipación colonial, son puestas en un papel secundario o relegado al olvido. De ahí que,

el proceso de independencia de los Estados en América Latina sin la descolonización de la sociedad no pudo ser, no fue, un proceso hacia el desarrollo de los Estados - nación modernos, sino una rearticulación de la colonialidad del poder sobre nuevas bases institucionales (Quijano, 2000, p. 236).

Imaginar libertadores negros, indígenas, mestizos, pardos o mulatos, es complejo para las narrativas históricas que avalan la idea de que, las gestas de independencia y la ‘cuestión nacional’, o bien se dio por factores exógenos como las abdicaciones de Bayona en 1808, los procesos de Cádiz en 1810 o la idea de que unos cuantos criollos, de la noche a la mañana, se inventaron la nación y unieron a todas las comunidades sin ningún tipo de problema. Se ha reiterado que, las circunstancias que incidieron en los procesos de independencia son variados y complejos, pero en últimas, son avaladas las narrativas que responden al canon establecido en la historia escrita por los blancos. De tal forma, Quijano (2000) afirma que, los “nuevos Estados no podrían ser considerados en modo alguno como nacionales, salvo que se admita que esa exigua minoría de colonizadores en el control fuera genuinamente representante del conjunto de la población colonizada” (p. 234).

Para finalizar, parece que la ‘cuestión nacional’ es un proyecto que vale la pena investigar más a fondo, puesto que parece inacabado. Por un lado, algunas investigaciones históricas no le otorgan el valor suficiente a los actores históricos, quienes hicieron parte de las gestas de independencia y fueron enajenados del proyecto nacional. En este caso, los sujetos subalternizados por el patrón colonial, dada su raza y la inferiorización cognitiva/biológica a la que se han visto sometidos por siglos, deberían tener un papel preponderante en estas gestas. Por el otro, en palabras de Walter Dignolo (2015): “Hoy, a 200 años de la sacudida poscolonial, somos testigos de los destinos seguidos por los Estados-nación construidos en la tradición de Europa” (p. 337). Es decir, aún pervive la colonialidad bajo las ropas del racismo, la minimización de saberes y la falta de participación política por parte de los sujetos dominados en sus territorios. Las reflexiones sobre la incidencia de actores históricos subalternizados en los procesos de independencia, nos muestran los retos de la historia y la filosofía en la actualidad, para comprender y reflexionar acertadamente sobre nuestro pasado, y los problemas que llegan de lejanos tiempos, hasta nuestro presente.

Por tanto, la filosofía decolonial nos puede aportar ideas para esclarecer los lazos de poder que hacen parte de la construcción nacional, estos blanqueados y eurocéntricos. Así, otorgar una valoración más acertada sobre las luchas de los sujetos racializados, quienes hacen parte de la historia y los acontecimientos que han cambiado el rumbo de nuestro continente, pero les ha sido negado ser reconocidos como actores fundamentales en tales menesteres. Asimismo, complementar las investigaciones históricas que propenden otorgar la posición que merecen

indios, negros, mulatos, pardos, etc., como carácter insustituible en los procesos de independencia y de la liberación colonial que de allí surgió, mostrando los patrones imperativos de la colonialidad y los sesgos eurocéntricos con los que algunos investigadores de las ciencias sociales o la historia conceptual, indagan y generan resoluciones sobre tan complejos fenómenos, decolonizando así la academia.

#### 4. Conclusión

Esta investigación, me ha llevado a un replanteo general sobre lo que entendía de la nación. Cuando partimos de un punto de reflexión, sea cual sea, damos por supuesto ideas que al no ser puestas en contraste con otras disciplinas, dificultan sostener nuestros puntos de vista y como sustentarlos. Este fue mi caso, al intentar comprender el problema de porque, ha existido un fenómeno de exclusión tan marcado en lo que concierne a la construcción de la nación en Colombia, influyendo en la falta de participación/representación sociopolítica de los sujetos subalternizados. La pregunta central de esta tesis es, ¿existieron fenómenos de exclusión en la construcción de la nación? Esta interrogante intentó ser respondida desde varias áreas, teniendo una respuesta afirmativa, al ser posible rastrear que si ha existido un fenómeno de exclusión, en lo que se refiere al fenómeno de la nación. No obstante, como se pudo observar a lo largo de esta investigación, hay salvedades, correcciones y críticas por hacer respecto a esta cuestión.

Para las ciencias sociales, la nación es un fenómeno moderno que acarrea consigo muchas complejidades. Las teorías genealógica y antigenealógica pretenden dar una respuesta, bien sea desde una perspectiva en que la nación, aparece como algo natural e inmemorial en donde se acude al pasado para fundamentar su origen y por el otro, la nación como invención basándose en la configuración de identidades, la centralización del conocimiento y cultura, a partir de la hegemonía comunal y en qué aspectos, esto influye en la abstracción de la diferencia, relegando al olvido saberes, conocimientos y costumbres de las comunidades subalternizadas. Ahora bien, en el caso europeo, han predominado en cierta medida, ambas vertientes de investigación respecto a dicho concepto. Sin embargo, al acentuarse una dicotomía entre una y otra teoría, parece que hay un vacío insondable entre las dos posturas, como si no existiese una conciliación entre estas y se repelieran, teniendo en cuenta las premisas que las sustentan.

Tal antagonismo responde a las dinámicas nacionalistas de quienes a finales del siglo XIX y principios del XX, pretendieron cimentar la nación bajo una u otra postura. Pero, tal parece que en lo concerniente a la ‘construcción de la nación’, hay un poco de ambas y es por esto que, las complicaciones son mayores para quien pretende investigar este fenómeno, cerrándose ante una u otra postura. Algunos investigadores europeos, proponen estos modelos para comprender el nacimiento de la nación, considerando que certeramente responden al problema y resuelven la discusión. Como observamos a lo largo de esta tesis, tales resoluciones crean más antinomias de las que zanján, cerrándose en sus premisas al recrear una lucha entre dos bandos opuestos.

La cuestión se dificulta aún más, si pasamos al plano hispanoamericano. Que las naciones aparezcan primero en este territorio y no en Europa, nos revela como bien expone Guerra (2003) y Pérez (2003), un vacío de interpretación por parte de algunos teóricos europeos, al intentar encasillar el nacimiento de las naciones en Hispanoamérica, bajo alguna de ambas posturas.

En este sentido, es posible observar que, en un principio, ninguna de estas teorías responde a las complejidades, entre estas disputas, luchas, críticas, procesos de representación sociopolítica y de liberación colonial, que sucedían a finales del siglo XVIII y una gran parte del XIX en Hispanoamérica, periodo en el que se consolidan los variados proyectos nacionales que aparecen en esta parte del globo. Al final de los procesos de independencia, las naciones que empiezan a surgir aparecen por medio de pactos y procesos institucionales. Luego, a mediados del siglo XIX, ambas teorías se solaparán en ciertos momentos, rompiendo con la dicotomía aparente a la cual ha sido supeditada la ‘cuestión nacional’. Lo anterior no resuelve el problema. Se utilizan teorías de corte de europeo y con carácter resolutivo, siendo extrapoladas a nuestro contexto, sin tener en cuenta las complejidades que han atravesado el periodo colonial.

En algunos casos, como en el de Nueva España, por ejemplo, se abogará por un tránsito al pasado, dadas las conexiones con el antiguo México y la tradición cultural que de allí emana bien sea bajo el cobijo de la antigua civilización Maya o Azteca, para sustentar la nación y su respectiva fundación. Para la nación mexicana, será mucho más práctico retornar al pasado y sostener la realización de un pacto entre todos los pueblos, en aras de consumir la identidad nacional. Pero, a su vez, esta cohesión depende de la creación de una bandera, un símbolo patrio o un himno nacional, recreando así un artificio con el cual, además de lo ya dicho ante el retorno al pasado, se fortalece la comunidad y hace posible cimentar una idea de nación a los miembros de esta.

Caso contrario es el de la Nueva Granada, donde como bien expone Lasso (2008) y Múnera (1998), hay muchas complicaciones en las comunicaciones internas en el territorio, dada la ambivalencia y el alejamiento de las distintas provincias que allí residían, bien sea Popayán, Tunja, Santa Fe, Cartagena o Antioquia, por nombrar solo algunas. Asimismo, a diferencia de México, no existía una conexión intrínseca ante los caracteres de la antigüedad, heredados por las comunidades indígenas, con los cuales proyectar un imaginario hacia el pasado. Como

vimos, la Gran Colombia será el nacimiento de una nación pactista que se enfrentará a la disolución hacia 1832, dadas las diferencias étnicas, sociales, políticas y culturales de las capitanías y juntas, que en un principio la componían.

Neologismos como Colombia o Ecuador, nacientes de la ruptura anteriormente enunciada, nos muestran que los proyectos de ‘invención nacional’ son mucho más problemáticos y conflictivos de lo que ambas teorías de la nación, bien sea genealógica o antigenealógica, nos pueden mostrar. En el caso de Colombia, por ejemplo, se tuvo que ir referenciando la idea de ciudadano y de un Estado fuerte, además de las riquezas del territorio, para ir consolidando de forma paulatina la identidad nacional. Esto se puede ver reflejado, no en el pasado, sino en la estructuración de una identidad compartida que, ontológicamente hablando, constituye el devenir de los miembros de la comunidad, a partir de una cultura, lengua y tradiciones unificadas. No será sino hasta finales del siglo XIX, donde el historiador José Manuel Restrepo, siguiendo la idea eurocéntrica de la nación a la alemana, pretende mostrar que, antes de 1819, las facciones criollas ya tenían un ideario protonacional de liberación en busca de la emancipación general. Así, se crea un mito histórico que aunque criticado, sigue estando vigente hasta nuestros días.

Dichas historias nacionales empiezan a aparecer en el Ecuador del siglo XIX, hablando más desde la interpretación que hace el historiador sobre el pasado, muchas veces coaccionada por el poder, la tradición conservadora y nacionalista, que desde la historia misma. Como expone Marixa Lasso (2008), al convertirse en una narrativa canónica de los procesos nacionales, se invisibilizará las luchas de grupos subalternos, que, como en el caso de Cartagena, pretendían construir una agenda política y consolidar un gobierno aparte de la Monarquía, en el que dichos sujetos no se vieran oprimidos por el yugo colonial y sus voces fueran escuchadas, más no replegadas del espectro sociopolítico.

Por tanto, algunas de estas teorías no responden a un aspecto esencial: escuchar las voces desde su tiempo y espacio, sin extrapolar concesiones del presente, obnubilando sus pretensiones, ideas y relaciones frente al periodo estudiado. Los cambios que se avizoraban no tenían bases conceptuales con las que pudiesen ser significados. Las complejidades sociopolíticas implican el surgir de la novedad, donde los agentes históricos de la época se encuentran imbuidos en procesos de cambio ante sus experiencias. Asimismo, que influencia tendrán tales experiencias, las cuales se verán significadas con el uso de ciertos conceptos clave, ante su rastreo en



pasquines, folletos, periódicos, proclamas políticas o constituciones. Una conclusión que se puede hacer en este punto es que algunas de las teorías de las ciencias sociales, no responden a cabalidad de donde, cuando o porque surge la nación. Sin embargo, sus aportes fueron valiosos al otorgarme una mirada más amplia sobre este fenómeno, zanjando algunos vacíos que tenía ante dicha cuestión.

Ahora bien, la historia conceptual posibilita el acercamiento a los agentes del pasado, logrando escuchar sus voces y la forma que eran empleadas en su propio espacio y tiempo. Los procesos lingüísticos no son ajenos a la realidad, puesto que las experiencias son las que nutren las transformaciones semánticas. Las transformaciones que se dieron entre el periodo bisagra estudiado por Reinhart Koselleck o el periodo abordado por el diccionario *Iberconceptos*, nos brinda herramientas para comprender los cambios en el ámbito sociopolítico en contextos diferentes, a la par de dilucidar las complejidades de aquel tiempo, ante los distintos proyectos, acciones reformistas, procesos culturales y cambios institucionales, por nombrar solamente algunos, entre la caída de la gran mayoría de monarquías en Europa, los procesos de independencia en Hispanoamérica y el surgir de naciones, que en un principio no se avizoraban.

No podemos negar que, el cambio que efectúa *Iberconceptos* en el segundo tomo, es decir, pasar del *Sattelzeit* al periodo 1770-1870, está relacionado con un acercamiento más concreto de los procesos sociopolíticos en Iberoamérica. Así pues, se distancia de la investigación conceptual alemana, clarificando así que varios de los postulados metodológicos de la historia conceptual, no fueron pensados para nuestro contexto. Como indica Francisco Ortega (2021) y Óscar Linares (2021), una de las limitaciones del proyecto iberoamericano de conceptos, se da a partir de la extrapolación de categorías de la historia conceptual kosellekiana, sin tener en cuenta su funcionalidad en el periodo estudiado por los investigadores iberoamericanos. Con esto, siguiendo las pesquisas del segundo capítulo, no se pretende lapidar el proyecto con críticas que no fructifiquen el trabajo ya hecho por todos los pensadores que han colaborado en *Iberconceptos*. Al contrario, se intenta mostrar que si bien el método de la historia conceptual renueva los procesos investigativos y nos acerca al pasado, es menester reformular cómo se aplica el método en otros espacios y tiempos.

En este orden de ideas, no es plausible cerrarse a un solo periodo de cambios profundos, cuando han existido varios que han traído consigo transformaciones de gran envergadura, más allá del periodo bisagra. Otro aspecto que es importante y que resalta Ortega (2021), frente a las

falencias del proyecto, es el de “desarrollar estrategias onomasiológicas, es decir, comprender las situaciones que no se expresan suficientemente a través de diferentes formas” (p. 324). Dado que la mayoría del proyecto conceptual en Iberoamérica se aboca por una perspectiva semasiológica, remitiéndose a documentos y archivos donde están los susodichos conceptos imborrables de las discusiones sociopolíticas, no se remite a otros conceptos que, aunque poco o casi nada referenciados en el léxico de los agentes históricos, porque no se ponían en discusión en los pasquines, libelos, constituciones o periódicos, hacen parte de las experiencias de las comunidades históricas, atravesando sus modos de vida e influyendo notoriamente en sus procesos sociopolíticos.

Siguiendo lo anterior, el concepto colonia que ha sido estudiado por Ortega (2011, 2012), nos muestra un fenómeno del que no se tiene referencia en los conceptos, pero es constitutivo de las sociedades del siglo XIX. Esta noción entre el siglo XVIII y XIX, era incómoda y poco citada por los agentes históricos letrados, debido a las reformas borbónicas y como a raíz de estas, los territorios americanos pasaban a ser etiquetados como colonias. En esa medida, se evitaba su uso en aras de no ser señalados como territorios ajenos a la Monarquía española y que, tan solo sirvan a un interés económico y mercantil para esta. Sin embargo, esto no implica que los patrones coloniales y de dominación, no fueran referidos, en otros términos, como esclavizado, subordinado o yugo. A su vez, aunque no existiese la referencia semántica, los lazos coloniales y de dominación se encuentran allí, así no estén estandarizados en los documentos oficiales, pero, siendo constitutivas en el tiempo, las vidas y los procesos de los sujetos atravesados por la colonialidad.

De este modo, al acudir a la vía onomasiológica de los conceptos y los demás postulados de la historia conceptual enunciados en el segundo capítulo, podremos seguir las experiencias de comunidades históricas que no fueron significadas por cuestiones políticas, sociales, étnicas, académicas o culturales, pero pueden ser rastreadas en el acontecer histórico de la época. Esto nos brindará herramientas para comprender otras voces, fuera de los archivos a los que, normalmente, acude el investigador para entender el pasado. Asimismo, atender el uso de varios conceptos como República o Libertad de los cuales, como bien indica Marixa Lasso (2003, 2008), son participantes las comunidades subalternizadas a lo largo del periodo de independencia en Cartagena y posteriormente, luego de la abolición del yugo colonial en territorio neogranadino.

Ahora bien, es importante resaltar la labor del colectivo de investigación, al acercarnos a la comprensión del pasado, desde el empleo de los conceptos y la importancia que tuvieron, para los agentes históricos entre 1750-1850. Las transformaciones semánticas nos permiten comprender que experiencias atravesaron dichos cambios en el lenguaje, que pretendían los agentes de aquel tiempo y qué sentido tiene esto, para rastrear problemas que aún siguen vigentes en el presente. El acercamiento al pasado nos permite dilucidar las voces de otras instancias ajenas a la nuestra. En el caso que aquí nos compete, nos permite entender que los procesos de exclusión en la independencia y la ‘construcción’ de la nación existieron, pero que se deben hacer salvedades frente a dicha afirmación.

Los archivos históricos refieren a las comunidades letradas y alfabetizadas, establecidas enteramente por los criollos, al ser quienes poseían los medios para mostrar sus posturas e ideas en el espectro sociopolítico. Los sujetos letrados eran una minoría, pero detentaban el poder y tenían la posibilidad de acercarse a las discusiones del momento, estando un paso adelante de otros actores históricos como las comunidades subalternizadas. Aunque en su tiempo existieran referencias documentales de algunas de estas comunidades históricas, fueron destruidas dados los acontecimientos históricos, como es el caso de Cartagena, del que ya se ha hecho referencia con anterioridad. La reformulación histórica del pasado parte también de los modos en que se ha hecho la historia hasta nuestros días. Otra conclusión que hago en relación con este tema es el replanteamiento de cómo se investiga la historia. Muchas comunidades transmiten sus experiencias a partir de historias orales. Sería interesante en aras de ampliar el panorama histórico acercarse a estas fuentes. Por otra parte, la recepción de documentos que no necesariamente hacen parte del canon investigativo del pasado, pero del que hicieron parte la gran mayoría de comunidades históricas, nutriendo las fuentes y puntos de vista.

Ahora bien, las teorías decoloniales ponen en un punto de inflexión la exclusión racial, cultural y sociopolítica, la cual se ha generado por paradigmas europeos y atraviesan, a los sujetos subalternizados. Aunque algunas de sus afirmaciones no se acerquen al pasado, implicando un problema de interpretación histórica, si apuntan al problema colonial y como se ha ido desarrollando a lo largo de más de tres siglos, un patrón de poder que ha creado problemas estructurales en nuestra sociedad. La idea de nación al ser moderna llama a la novedad, desarrollo y cohesión de sus miembros para encontrar el porvenir. Sin embargo, la colonialidad nos muestran que este tipo de ideas con tinte progresista y civilizatorio esconde tras bambalinas

la exclusión, explotación y minimización de actores históricos, como fueron los procesos de construcción nacional en América.

El proyecto nacional en apariencia, parece que supera el yugo colonial y reivindica con nociones de igualdad y fraternidad, las causas que condujeron a la separación con la Monarquía española. No obstante, al no abolir la colonialidad, las ínfulas de superioridad potenciadas por las costumbres, tradiciones y cultura europea a la que tenían acceso las élites criollas y, de las que en su momento se consideraban parte, influyeron notoriamente en la exclusión de actores históricos subalternizados. Siendo un fenómeno de *larga duración*, los patrones coloniales siguen vigentes y no han podido ser borrados bajo la supuesta unidad que otorga la identificación nacional.

El patrón de poder colonial ha influido en problemas de corte estructural, como lo ha sido a lo largo de la historia de la nación colombiana, la falta de representación y posibilidades en el terreno sociopolítico de las comunidades subalternizadas. Proyectos nacionales que estén por fuera del corte conservador/liberal, instaurados luego de la independencia por los criollos, son encasillados como retardatarios, polarizantes y populistas, al buscar mejores oportunidades y equidad en todo el Estado-nación colombiano. En la actualidad, las luchas por la reivindicación y la escucha de otras voces, historias y saberes que intentan romper el statu quo, ponen resistencia al poder hegemónico que ha mantenido la pobreza, estigmatización y exclusión de sujetos racializados en nuestro territorio.

En definitiva, al haber seguido este recorrido investigativo y abrir mi panorama sobre el problema de la nación, hay varias conclusiones frente a este tema. Un ejercicio interdisciplinar como el hecho en esta tesis, otorga muchas más herramientas para comprender este fenómeno, pero también, descentraliza los puntos de enunciación y acerca disciplinas con diferentes puntos de vista, a un diálogo donde todas tienen algo que aportar, nutriéndose mutuamente. Las ciencias sociales y la historia conceptual en ciertos aspectos han sido etiquetadas como eurocéntricas al superponer sus categorías de análisis y acentuarlas con caracteres de legitimidad resolutive. Esto ha llevado a formular críticas en las que dicho proceder, es catalogado como *colonialismo epistémico*. Que las teorías sean expuestas por pensadores europeos, no implica que respondan a los fenómenos de todo el globo.

La filosofía decolonial brinda una mano para que las apuestas teóricas europeas, tomen parámetros de reflexividad ante sus resoluciones y no generalicen sus métodos, marginando otras propuestas que al no salir de los centros académicos, no son tomadas con seriedad por algunos investigadores radicados en las ‘grandes potencias nacionales’. A su vez, en lo concerniente al problema de la nación, mucha tinta se ha vertido a lo largo de los años, pero no existe una respuesta unívoca sobre este problema. La decolonialidad, acercándose a reflexiones críticas en lo referente a procesos nacionales, como es el caso Lasso, Múnera, Chust y Frassetto, además de otros investigadores que han invertido esfuerzos en esta cuestión, renuevan y fortalecen miradas que nos acercan a los sujetos subalternizados en la época independentista.

Si utilizáramos las categorías decoloniales para dilucidar este problema, a la par de una investigación onomasiológica/semasiológica de los conceptos, se fortalecerían los puntos de vista de algunos teóricos de las ciencias sociales que pretenden visibilizar las comunidades subalternizadas, la mirada de la historia conceptual se ampliaría al ir más allá de los documentos al referir historias, ideas y luchas que han pasado de voz en voz a lo largo de los siglos y, la misma decolonialidad se nutriría de ambas vertientes, al no afirmar cuestiones sobre la nación que deben ser matizadas con los procesos históricos a nivel colonial y la influencia que tuvieron los agentes de aquel tiempo en los cambios semánticos, para comprender sus apuestas. La nación es un fenómeno que debe ser investigado de forma reiterativa porque, al igual que la historia, se van actualizando constantemente a la par de nuevos descubrimientos e ideas que renuevan nuestro conocimiento sobre el pasado.

Los procesos de exclusión, opresión y dominación han ido pasando al primer de la cuestión nacional, puesto que, nos revelan que la nación opera bajo el patrón de la colonialidad del poder/ser/saber. El poder de las élites criollas configuró, luego de las independencias, narrativas históricas que recrean un imaginario romántico donde las comunidades racializadas sin más acudieron a tales gestas sin proyecciones y apuestas políticas importantes. Siendo instrumentalizados por los criollos y las facciones realistas, en ambos bandos se afianzaba la despectividad ante la alteridad de quienes pretendían ser reconocidos ante el gobierno, participar sociopolíticamente y exigir un mayor reconocimiento por las instituciones que componían el Estado.

La configuración de una nación blanqueada y que repele los intereses de las comunidades subalternizadas, invoca una forma nunca vista de identidad. Los sujetos racializados han estado

inmersos en la zona del no-ser, debido a los procesos coloniales en América, minimizando sus costumbres, tradiciones, al ser percibidas con parámetros de inferioridad por los colonizadores europeos. Al aparecer la nación colombiana, no se analiza que la homogeneización de las comunidades en una identidad unívoca e irrestricta suprime las luchas y proyectos de los sujetos subalternizados, al versen supeditados frente las apuestas de quienes detentan el poder. Aunque aparezcan en registros y se les catalogue como colombianos, el Estado y sus instituciones no llegan a los territorios que habitan.

Parece que en Colombia, quienes habitamos las ciudades más grandes y acaudaladas, nos encontramos en el centro y el resto hace parte de la periferia. Quienes no se encuentran en las urbes y apoyan los grandes conglomerados empresariales con su explotación, son sujetos que no piensan en el progreso y el desarrollo de la nación. Los campesinos, raizales, afro o indígenas, que tienen proyectos apartados y buscan la reivindicación de sus pueblos desde la ruralidad, son asesinados por individuos que están a la sombra del Estado. Sus conocimientos y reflexiones sobre los territorios, en aras de cimentar oportunidades para los vulnerados, son silenciadas para dar paso a las grandes maquinarias empresariales. Las universidades más prestigiosas del país, que en su defecto son de carácter privado, avalan con investigaciones la incursión de estos grandes conglomerados, el extractivismo y destrucción de la naturaleza.

La colonialidad del saber, es un proceso que se compagina con los anteriores, puesto que avala como entender la historia de la nación, cuáles son las herramientas que conducen al porvenir y en qué aspectos, se convierten en marcos de referencia sin los cuales, supuestamente, no podemos comprender nuestras problemáticas. La nación ha sido estudiada bajo algunos de estos marcos, sin reconocer otros saberes y reflexiones, más allá de las radicadas en los centros de conocimiento. Por ejemplo, si analizáramos con mayor retentiva que las comunidades racializadas han optado por la transmisión de historias orales, podríamos acercarnos a conocimientos que han estado allí a lo largo de los siglos, pero que al no estar escritos en el papel, no son tenidos en cuenta por los historiadores tradicionales.

Para finalizar, este proyecto investigativo abre las puertas a lo que en la teoría decolonial, se conoce como el *pensamiento de frontera*. Al confluir ideas de distintas disciplinas y variadas latitudes, se abre un espacio entre el centro y la periferia, donde múltiples tipos de pensamiento se relacionan entre sí, generando reflexiones más amplias de un fenómeno. Así, no se supedita una rama de investigación a la otra. Al contrario, cada una ofrece una panorámica de la

cuestión, proponiendo nuevos caminos para la comprensión de un problema, en este caso la nación. Renovar los modelos investigativos, en las tres áreas del conocimiento que participaron de esta tesis, plantean retos y expectativas para el entendimiento de la exclusión de los sujetos subalternos en los proyectos nacionales, como estos patrones siguen vigentes y en qué medida, las luchas de las comunidades subalternizadas siguen estando atravesadas por los patrones coloniales.

## 5. Referencias

Annino, A. y Guerra, F. (2003). *Las mutaciones de la identidad en la América hispánica*, por François-Xavier Guerra en *Inventando la nación iberoamericana*; pp. 185 - 213. Fondo de Cultura Económica.

Anderson, B. (1983). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Editorial FCE.

Castro-Gómez, S. y Grosfoguel, R. (2007). *Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico* (pp 9 - 24), en *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica, más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores.

Castro-Gómez, S. (2017). *El tonto y los canallas, notas para un republicanismo transmoderno*. Universidad Javeriana.

Chiaromonte, J. (2004). *Nación y Estado en Iberoamérica: El lenguaje político en tiempos de la independencia*. Sudamericana.

Cusicanqui, S. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón y Retazos

Escobar, A. (2003). *Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación modernidad/colonialidad latinoamericano* en la *Revista Tabula Rasa*, Bogotá, Colombia; Nro. 1: pp. 51 - 86.

Fernández, J. Las Experiencias de 1808 en Iberoamérica: La crisis de 1808 y el advenimiento de un nuevo lenguaje político ¿Una Revolución conceptual?; (p. 105 - 133). *Espejo de Obsidiana*.

Fernández, J. (2009). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750 – 1850. Introducción: Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos*, (p. 23 - 20). Composiciones RALI, S.A.

Fernández, J. (2014). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: Conceptos políticos fundamentales, 1770 – 1870 (Iberconceptos II). Introducción: Tiempos de transición*

en el atlántico ibérico. *Conceptos políticos en revolución*, (p. 25 - 73). Composiciones RALI, S.A.

Frasquet, I y Chust, M. (2009). *Problemáticas del liberalismo: La etnia y la raza en las independencias de Iberoamérica*. En: Los colores de la independencia en Iberoamérica: Liberalismo, etnia y raza. Silex SL.

Gellner, E. (1988). *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial.

Grosfoguel, R. (2013) *Racismo/sexismo epistémico, universidades occidentalizadas y los cuatro genocidios/epistemicidios del largo siglo XVI* en Tabula Rasa, núm. 19, pp. 31-58.

Hobsbawm, E. (1989) *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Torre de Babel.

Hobsbawm, E. (1992). *Etnicidad y nacionalismo en Europa hoy*. En *La invención de la nación, Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, por Álvaro Fernández Bravo; pp. 173 - 184. Manantial SRL.

Koselleck, R. (2004). *Historia de los conceptos y conceptos de la historia*: Traducción por Javier Fernández Sebastián y Gonzalo Capellán de Miguel.

Koselleck, R. (2009). *Un texto fundacional de Reinhart Koselleck. Introducción al Diccionario histórico de conceptos político-sociales básicos en lengua alemana*, traducción y notas de Luis Fernández Torres en: Revista Anthoropos, Huellas del conocimiento; pp. 92 - 106.

König, J. (2009). *Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750 – 1850*, Colombia - Nueva Granada; (p. 906 - 919). Composiciones RALI, S.A.

Lasso, M. (2003). *Haití como símbolo republicano popular en el Caribe colombiano: Provincia de Cartagena (1811-1828)*. Historia Caribe, vol. III, núm. 8, 2003, pp. 5-18.

Lasso, M. (2008). *El día de la independencia: una revisión necesaria. Acción política afrocolombiana y narrativas patrióticas criollas Cartagena 1809 - 1815*. Nuevo Mundo, Mundos Nuevos. URL: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/32872#ftn20>

Linares, O. (2021). *Un mapa del giro metodológico. Historia de las ideas, los conceptos y los lenguajes políticos en América Latina*. Universidad Pedagógica Nacional.

Maldonado -Torres, N. (2007). *Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto* (pp. 127 - 168) en *El giro decolonial: reflexiones para una diversidad epistémica, más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores.

Múnera, A. (1998). *El Fracaso de la Nación*. El Ancora Editores.

Mignolo, W. (2009). El lado más oscuro del renacimiento. *Revista universitas humanística*, Nro. 67: pp. 165 - 203.



- Mignolo, W. (2015). *Hacia una política descolonial*; pp 327-369. En: *Habitar la Frontera: sentir y pensar la descolonialidad (Antología 1994-2014)*. Edicions Bellaterra, S.L.
- Oncina, F. (2003). *Historia conceptual y hermenéutica en Azafea*. Revista filosófica 5, pp. 161 - 190.
- Ortega, F. (2011). *Ni nación ni parte integral. "Colonia", de vocablo a concepto en el siglo XVIII iberoamericano*. Prismas, Revista de historia intelectual.
- Ortega, F. (2012). *Conceptos fundamentales de la cultura política de la Independencia*. Universidad Nacional de Colombia.
- Ortega, F. (2021). *De conceptos y categorías: el caso de colonia en Horizontes de la historia conceptual en Iberoamérica: trayectorias e incursiones*. Universidad Nacional de Colombia.
- Palti, E. (2002). *La nación como problema. Los historiadores y la cuestión nacional*. FDE: Fondo de Cultura Económica.
- Palti, E. (2018). *Una arqueología de lo político: Regímenes de poder desde el siglo XVII*. FDE: Fondo de Cultura Económica
- Quijano, A. (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. En: *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Clasco.
- Quijano, A. (2014). *Estado-nación, ciudadanía y democracia: cuestiones abiertas*. En: *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Clasco.
- Quijano, A. (2014). *"Raza", "etnia" y "nación" en Mariátegui: cuestiones abiertas: cuestiones abiertas*. En: *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. Clasco.
- Renan, E. (1882). *¿Qué es una nación?*, en *La invención de la nación, Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, por Álvaro Fernández Bravo; pp. 53 - 66. Manantial SRL.
- Rojas, A y Restrepo, E. (2010). *Inflexión decolonial: fuentes, conceptos y cuestionamientos*. Editorial general de poblaciones: Jorge Salazar.
- Smith, A. (1995). *¿Gastronomía o geología? El rol del nacionalismo en la reconstrucción de las naciones*. En *La invención de la nación, Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*, por Álvaro Fernández Bravo; pp. 185 - 211. Manantial SRL.
- Tomas, P. (2003). *La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico*. Historia Mexicana, vol. LIII, núm. 2, octubre - diciembre, 2003, pp. 275-311.

Walsh, C. (2014). Interculturalidad y (de) colonialidad: nación de otro modo. *Revista Livro da Academia da Latinidade*. Textos y Formas.

Wasserman, F. (2009). Diccionario político y social del mundo iberoamericano: La era de las revoluciones, 1750 – 1850. El concepto de nación y las transformaciones del orden político en Iberoamérica (1750-1850); (p. 851 - 870). Composiciones RALI, S.A.